

LA CIUDAD MONSTRUOSA

H. S. THELS

La ciudad monstruosa

La ciudad monstruosa

por

H. S. Thels



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 6621 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

LA CIUDAD MONSTRUOSA

INTRODUCCIÓN

En la elaboración de un tema de anticipación generalmente entran muchos factores que, en un principio, pueden parecer alejados de la idea particular, pero que después se convierten, al desarrollarla, en el nudo, la médula, la esencia, el motivo primordial de lo que, parangonando los términos musicales, podríamos llamar «línea temática».

De todos modos, en cualquier creación hay un principio, una «nota» aislada, pronto asociada con otras y que va dando lugar a la aparición de ese «motivo» que servirá para desarrollar completamente la composición.

Lo demás son «tiempos» que, tanto en literatura como en música, son la expresión del desdoblamiento de un argumento, la idea de un desarrollo con un principio y un fin.

El músico se impresiona ante un conjunto de notas primarias, una «armonía» nueva, una idea que se establece en su cerebro, empujándolo implacablemente a su desarrollo. No hay fuerza, en ese momento álgido, que frene la mente del artista. Porque la creación es, como la gestación, un proceso que se inicia con la fecundación (palabra rica en sentido) y termina con el alumbramiento, si todo va bien, o con el aborto si la génesis de las ideas se trunca precozmente.

Aquella tarde, una tarde cualquiera, cuando salí a dar el habitual paseo por las calles de la ciudad, mi mente estaba completamente virgen, limpia de ideas creadoras, a pesar de que, desde el descubrimiento del psicoanálisis, se empeñan sus seguidores en afirmar que el subconsciente no cesa de trabajar, «crear», en momento alguno.

Es posible —¿de qué serviría el negarlo?—que los hilos de araña de las capas profundas de mi cerebro trabajasen en el silencio del anonimato, manejando esos procesos ideativos abstractos, que más que ideas son entelequias, esbozos, bocetos...

Pero lo cierto era que no había nada «en construcción» y que me complacía solamente en la contemplación de los que iban y venían por las anchurosas vías de la ciudad. Gente, humanos como yo, con su

destino a cuestas, aislados los unos de los otros por barreras mucho más profundas que lo que ellos mismos pudiesen imaginar.

Seguro que junto a mí pasaban tragedias, situaciones equívocas o alegrías enormes. Detrás de los rostros, las vidas debían palpitar como la mía; pero el hombre ha aprendido profundamente la ciencia del disimulo al vivir en sociedad y es muy difícil, por no decir imposible, adivinar lo que ocurre detrás de una mirada opaca o de un rostro inexpresivo.

Aunque hay excepciones.

Y una de éstas se me presentó bruscamente, al penetrar en una callejuela secundaria, insuficientemente iluminada, donde estaba él, sentado en el bordillo de la acera y apoyada su espalda en un enorme cubo de basura, de cuya entreabierta boca — el espacio que quedaba entre el borde y la tapadera — brotaban restos de inmundicias que ya no cabían en su interior.

Era un borracho.

Un borracho es un hombre que ha dejado caer su máscara, que ha derribado las barreras de su control y que se nos muestra con una desnudez de Adán ideal, dispuesto a pasearnos, si queremos, por los más recónditos lugares de su alma.

Yo no recuerdo ahora si aquel hombre era joven o viejo, rubio o moreno, negro o blanco. Era un hombre, uno solo entre millones de máscaras que iban de un lado para otro, ocultando cuidadosa y celosamente las tormentas que sacudían sus espíritus.

—¡Hola!

Me había visto y me sonrió, mostrándome un sitio a su lado.

Me senté.

—¡Hola!—repitió con una sonrisa de beatitud que hubiesen envidiado muchos de los magnates que corrían en sus automóviles por las avenidas.

—¡Hola! —contesté.

Lanzó un hipo y me contempló serenamente. Porque, en el fondo de la mirada de los borrachos, en contra de lo que la gente afirma, hay una serenidad incomparable: la que les presta su desnudez anímica, la de un ser que se ha liberado, por un cierto tiempo, «de la vida que los otros le imponen y que no es, ni mucho menos, la suya».

—¿Te gusta la ciudad? — me preguntó después de un largo silencio.

—¿Y a ti?—pregunté prudentemente, no deseando embarcarme en respuestas que me comprometiesen ante sus ojos.

—¡La odio!

—¿Por qué?

Sonrió.

—La odio porque la conozco... porque sé dónde va. La ciudad es una máquina que tritura, un monstruo que no dejará nada vivo, un desierto que terminará secándonos por completo.

Y como yo no dijese nada:

—¿Me creerás si te digo que soy capaz de mirar hacia el futuro?

—Te creo.

Su rostro se iluminó.

—¡Tú eres mi amigo! —exclamó con énfasis entre dos hipos que le sacudieron brutalmente—. ¡Tú eres mi amigo!

Y después de un pausa continuó:

—Verás... Yo soy como tú, como los otros, como todos... Me levanto, trabajo, me acuesto me levanto, trabajo, me acuesto... Apenas si me queda un poco de tiempo para amar u odiar... Soy como un reloj al que se da cuerda por la mañana y que no hace más que mover obedientemente sus largos brazos...

Su rostro se había ensombrecido.

—Pero — dijo después de un silencio — a veces me rebelo... y bebo. ¿Sabes lo que me pasa en esos momentos... en este momento?

—No.

—Que soy otro; es decir, que soy yo, yo mismo, «tal como deseo ser». Entonces soy capaz de pensar, mi cerebro se escapa de la regularidad de la vida que me han impuesto... y viaja.

—¿Viaja?

—Sí. Se lanza hacia el futuro y recorre todo «lo que habrá de ser». Por eso odio tanto a las ciudades... Hace muy poco, antes de que tú llegases, yo los estaba oyendo cantar.

—¿Cantar? ¿A quién?

—A ellos, a los «gammas». Iban andando y cantando por los pasillos de los pisos inferiores, formados como soldados, incapaces de pensar, obedientes como máquinas... ¡Porque son eso: máquinas!

—¿Entonces... no son hombres?

Me miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

— ¿Lo eres tú? ¿Lo soy yo?

No supe qué decir.

—¡Claro que no lo somos¡ Levantarse, trabajar, acostarse... siempre lo mismo, hasta la muerte. Ellos también lo hacen, pero no tienen la suerte de poder emborracharse.

—¿Son hombres del futuro?

Se encogió de hombros, mirándome con algo que creí era compasión.

—¡Y dale! Hombres, hombres, hombres... ¡Que pocos hay! Son criaturas del futuro: eso es. Van cantando porque la canción es la única cosa que les hace un poquitín humanos. Cantan la vieja melodía de los «gamma», de los que ya no pueden tener ninguna esperanza.

—¿La conoces?

—¡Claro que sí! Escucha...

Y con voz gangosa, moviendo la cabeza cómicamente, al ritmo de aquella fabulosa y monorrítmica melodía:

«¡Arriba, «gammas»! ¡Al trabajo!

Los cultivos hidropónicos nos esperan.

Habrá agua, mucha agua...

Y el verde de las plantas, bajo los soles [artificiales.

¡Plantar! ¡Plantar! ¡Plantar!

Dentro de tres Ciclos iremos al Piso Rosado...

¡Y podremos amar!

Por eso hay que llenar los tanques de vida con agua, mucha agua...

¡Plantar! ¡Plantar! ¡Plantar!»

Mi rostro se ensombreció.

—¡Pero esa canción es absurda!

—¿Por qué no lo sería? Los «gammas» son absurdos, como lo son los «betas» y hasta los «alfas».

—¿Son castas?

—No, son estamentos de la gran ciudad.

—¿Y quién manda en ella?

Sonrió.

—Eso nadie lo sabe, ni nadie lo sabrá jamás... ¡es tabú! —Y añadió, guiñando el ojo —: ¿Sabes tú quién manda en esta ciudad?

—El alcalde, el ayuntamiento...

Soltó una alegre carcajada.

—¡Pero si apenas son «betas»! ¿El alcalde? Levantarse, trabajar, acostarse; levantarse, trabajar, acostarse... ¡igual que todos nosotros! Y si me quieres hablar del Presidente, te diré que es otro «beta», quizá un poco «alfa»... levantarse, trabajar, acostarse... ¡siempre igual! Hasta la muerte.

Y como yo le miraba con asombro:

—¡No son hombres, amigo mío! ¡No, no lo son! La ciudad les devora como a ti y a mí, como a todos.

—Pero tú logras, como ahora, escaparte.

Una sonrisa triste se pintó en sus labios.

—Eso no es nada bueno... Quizá sea el peor de los suplicios. Porque ellos, creyéndose hombres, seguros de que están cumpliendo «con su deber», han olvidado lo que en verdad podían ser... Yo, no. Yo soy como esa pobre criatura del bosque, al que un tiro traidor de cazador acaba de matar a la compañera. Estoy al lado de su cadáver y levanto la cabeza hacia el cielo para aullar mi dolor, para que todas las estrellas se estremezcan al oírlo. «Yo estoy al lado de mi cadáver, amigo mío». Al lado del hombre que mató la ciudad.

»Si tengo un privilegio... triste en verdad, es éste: el de poder venir aquí para ver y acariciar mi propio cadáver.

Y después de un silencio, cuya hondura parecía infinita:

—Voy a contarte la historia de la ciudad del futuro: de la CIUDAD MONSTRUOSA...

Y empezó...

PRÓLOGO

¿Por qué había aparecido aquella idea en su mente? Era indudable, sin embargo, que aquella idea hubiese aparecido antes en otros cerebros como el suyo, incluso que «viviese» en los espíritus de los demás «alfas» o en muchos de ellos.

Lionel miró hacia la cavidad del ascensor neumático que conducía a la Torre. Allá arriba, desde hacía mil años, estaba el «Supra», que reinaba sobre la gran ciudad, sobre la enorme ciudad que había reunido a todos los hombres de la Tierra.

El recordaba perfectamente, por haberlo leído en la «mnemoteca», todo el proceso que, desde aquella horrible guerra, había llevado a los hombres a buscar el refugio a la seguridad en la ciudad. Fuera de ella, los campos estaban estériles, el aire lleno de nocivas radiaciones.

Y la ciudad los había recibido.

Verdad era que se había ido dilatando, creciendo, hasta adquirir las colosales dimensiones que tenía ahora, hasta levantarse, como una nueva montaña, por encima de los mares o de las montañas naturales, mucho más arriba que el hasta entonces orgulloso pico del Everest.

La ciudad era todo y fuera de ella no se concebía más que una irremediable nada.

Lionel Wakeford suspiró.

Le parecía completamente imposible que la curiosidad, a través de todos aquellos milenios, no hubiese empujado a nadie a subir hasta la cima, a lo alto de la residencia del «Supra», para conocer «al que regía los destinos de la ciudad».

¿Hombre?

Aquella era una de las preguntas que torturaban su cerebro, ya que nunca vio nada que pareciese brotar de un hombre y que saliese de la Torre. Verdad era que una o dos veces cada Ciclo—los antiguos años humanos — el «Supra» se dirigía a ellos, pero lo hacía a través de los megáfonos-ideoscópicos, desprovistos de pantalla y que no daban, por lo tanto, más que la voz que les hablaba, dando las instrucciones particulares que habían de regir a la ciudad durante el siguiente ciclo.

Bien podía ser que la Torre estuviese habitada por un grupo de hombres de categoría superior a los «alfas», que habían vivido allí, completamente aislados, gozando posiblemente de una vida larguísima... o que también hubiese algunas mujeres para perpetuar la espacie.

Nadie sabía nada.

Y lo más terrible era que él quería saber, que no podía

soportar más aquella ignorancia.

El que tal cosa estuviese prohibida no hacía más que aumentar el incentivo de la empresa, el sabor anticipado del fabuloso descubrimiento. Por eso, desde hacía mucho tiempo, desde siempre casi, Lionel quería salir de dudas, aunque después hubiese de pedir perdón por haber descubierto la verdad.

Y también por eso no se explicaba el que aquella curiosidad suya no fuese compartida por los otros «alfas», seres inteligentes como él, que hubiesen debido experimentar la incontrolable inquietud que les consumía interiormente.

A veces, cuando ahondaba en aquel sentimiento tan suyo, Lionel llegaba a mil conclusiones distintas, llegando a pensar que aquella fiebre no estuviese producida por la proximidad de su viaje a los Pisos Rosados, donde, después de once ciclos, debía volver a ver a la que era su esposa.

Se había alegrado de que el «Supra» le contase en los que podían nuevamente tener un descendiente. Ya habían tenido uno, hacía diez ciclos, y también se acercaba el momento de que Lionel lo conociese, ya que el joven no tardaría en salir de los Pisos Blancos, donde los hijos de los «alfas» eran educados y preparados por los «Robots-nodrizas» y los «Máquinas-pedagogos».

Tenía muchísimas ganas de poder abrazar a retoño y no comprendía la poca impaciencia que los otros «alfas», padres como el, experimentaban ante un momento tan grande.

¡Un hijo!

Quizás él fuese un poco diferente a los otros, pero cada vez que pensaba en su hijo, en Lam, una emoción indescriptible se apoderaba de él.

Sí, era diferente.

Porque aquellas emociones no existían más que en su corazón, así como la rebeldía que le empujaba a saber quién los dirigía, «en qué manos se encontraba la humanidad entera: la ciudad».

¡Tenía derecho a saberlo!

Por el momento no se atrevía a juzgar si la Ciudad era o no perfecta, si el destino de lo humano estaba definitivamente enfocado, como creían ciegamente los otros; pero, de todos modos, «se sentía un tanto responsable», como si «algo» le empujase a saber.

Los otros hombres, pertenecientes a la clase superior de los «alfas» como él, no se preocupaban en absoluto de tales cosas, limitándose a

vivir, gozando de su privilegiada posición, pendientes solamente de la voz de «Supra», que cada ciclo les daba nuevas instrucciones, ordenando la cantidad de seres que, en las tres castas, habrían de nacer y las proporciones de producción de todos géneros.

De vez en cuando, el «Supra» pedía un equipo compuesto por una cantidad variable de «gammas», los más numerosos, algunos «betas» y uno o dos «alfas».

Nunca más se volvía a saber de ellos.

Lionel sabía que aquellas desapariciones estaban siempre unidas a una especie de fabuloso rugido que estremecía a todos los picos altos de la ciudad, un estremecimiento que se iba apagando, hasta desaparecer por completo.

¿Qué significaba todo aquello?

La última expedición, el ciclo anterior, había constado de quince, millones de «gammas», seis mil «betas» y seis «alfas», todos ellos amigos de él.

¡¡Tenía que saber!!

La llegada de Lemy, uno de sus compañeros, interrumpió el curso de sus ideas.

—¿No vienes, Lionel?

—¿Adonde?

—Es la hora de ir a ver a nuestros hijos… Los dejarán salir dentro de unos instantes.

Lionel sonrió.

—¡Lo había casi olvidado! ¿Vamos?

Un corredor deslizante los llevó hacia le extremidad de su «piso» — en realidad grande como quince ciudades del siglo xx—, dejándolos en pocos minutos junto al borde de la terraza, donde un puente de seis kilómetros de largo unía aquella parte con la Casa Blanca, también llamada Piso Blanco, destinado, en su parte superior, a la educación de los retoños «alfa».

Otros muchos privilegiados estaban allí, esperando, como ellos, la llegada de los «móviles» que traerían los retoños para que pasasen unos días de solaz junto a sus padres, antes de ser destinados definitivamente a sus puestos de responsabilidad.

Lionel miró el largo puente.

Desde la terraza donde se hallaba era visible una pequeña parte

de la ciudad; pero, de todos modos, el panorama era impresionante.

Bajo él, doce kilómetros de pisos hundían sus raíces en la misma tierra, prolongándose en el seno de ésta en un centenar de pisos-sótanos, donde trabajaban los «gammas» en los interminables cultivos hidropónicos, verdaderos graneros de la Ciudad, capaces de nutrir a los miles de millones de seres que albergaba.

En los pisos de los «betas», especialistas capaces de manejar las complicadas máquinas «que llevaban la cuenta de todo», se calculaba hasta la más rigurosa exactitud las raciones de los miembros de la ciudad, controlando la muerte y el nacimiento dentro de los cerebros electrónicos que se movían al ritmo de las leyes de la Estadística.

Los móviles brillaron al acercarse como flechas de plata, iluminados por el sol, sobre aquel fantástico puente. Abajo, los «betas» esperarían también, a los retoños. Más abajo, en la honda dimensión de los «gammas», no existiría nada de aquello, ya que los «obreros» vivían con sus hijos desde que éstos nacían en las colmenas que les servían de habitáculo.

Pero no valía la pena preocuparse por los «gammas».

—¡ Ahí están !

Los «móviles» se fueron deteniendo en 1a amplia plataforma de 1a terraza y jóvenes hermosos y atléticos, vestidos con la túnica blanca de la edad púber, descendieron, buscando en los ansiosos rostros de sus mayores el del padre al que no conocían.

Gracias a los medallones-magnéticos que cada uno de ellos llevaba, perfectamente controlados y sintonizados a los que colgaban del pecho de sus padres, sobre la dorada túnica de los «alfas», fueron orientándose con facilidad, terminando por detenerse ante los hombres que les habían dado la vida.

Lionel vio a un joven alto, moreno, de profundos ojos negros, detenerse frente a él, unido, a pesar de los metros que le separaban aún de su persona, por el puente azul de las radiaciones que emitían los medallones-magnéticos.

Aquel joven era su hijo.

Se quedaron quietos, inmóviles, mirándose intensamente, como si deseasen descubrir mutuamente todo lo que el uno había pensado del otro. Finalmente, Lionel, venciendo la tremenda emoción que le embargaba, preguntó:

—Eres Lam Wakerford, ¿Verdad?

—Sí…, padre.

Adelantándose, lo cogió de la mano, llevándoselo fuera de la terraza, por uno de los corredores-deslizantes, hacia su cámara, situada a decenas de kilómetros de aquel punto.

Durante todo el trayecto, que no duró más que unos pocos minutos, Lionel no se atrevió a romper aquel sagrado silencio que reinaba entre ellos y que era como un prólogo sentido a las puras emociones que se desbordarían después.

No obstante...

El temor espantoso de que «su hijo» estuviese ya en poder de la formidable máquina de la ciudad le hizo estremecerse. Es verdad que él ignoraba muchas cosas; pero, a pesar de ello, y eso era lo más importante de su vida, Lionel «sabía que él estaba fuera del ciego mandato de la ciudad».

Aquello nadie lo sabía.

Muchísimas veces se había preguntado el porqué, sin obtener respuesta satisfactoria. Y lo más extraordinario de todo era que tampoco lo supo por sí mismo, sino que una noche, cuando años antes, casi tan joven como su hijo, iba a hacer una guardia en el Centro de Control Energético de la Ciudad, «ella» le había hablado.

Su voz surgió de un rincón, rogando a Lionel que no se volviese hacia allá y que se limitase a escuchar. Y aquellas palabras habían quedado indeleblemente grabadas en su cerebro, como si las hubiesen escrito en él con letras de fuego:

«Tú eres un hombre libre, Lionel. Yo pude salvarte, como hubiese deseado hacer con tu padre... pero no pude. Tú te sentirás distinto a los otros e intentarás explicarte muchas cosas, acercándote a la verdad y liberando a la humanidad de las garras de la Ciudad Monstruosa...»

Eso había sido todo.

Ahora, al caminar de la mano de su hijo hacia su apartamento, Lionel pensaba en aquellas palabras, preguntándose si Lam era como él o cómo los otros.

Cuando estuvieron en la lujosa estancia que como «alfa» poseía, Lionel hizo sentar a su hijo y le sirvió bebidas y dulces que tenía guardados para tal ocasión. Aquello no pertenecía a los productos obtenidos en los cultivos hidropónicos, sino que eran regalos, presentes que el «Supra» les había hecho hacía tiempo para demostrarles su gozo de ser servido tan celosamente.

—¿De dónde vienen estas cosas tan sabrosas, papá? — inquirió el joven.

—Lo ignoro, Lam. El «Supra» nos las dio hace unas semanas. Pero no sé de dónde las obtiene.

Los ojos de Lam brillaron intensamente.

—¿Tú has visto al «Supra»?

Lionel no pudo por menos de estremecerse. Aquella pregunta no era «ortodoxa» y hacía presumir algo en la mente del joven.

—Nadie ha visto al «Supra», hijo mío.

—Debe de ser un hombre como nosotros, ¿verdad?

—No lo sé.

Hubo una larga pausa.

Después, Lionel, temblando, hizo la pregunta que más temía:

—¿Estás contento, hijo mío?

—Sí, papá; pero, de todos modos, no sabes lo que me alegra el poder estar a tu lado. ¡Tenía tantas ganas de conocerte! Los compañeros no pueden comprender mi impaciencia, las ganas de conocer la verdad... Por eso quería verte y preguntarte muchas cosas.

—Puedes hacerlo.

Lam dudó antes de decidirse.

—Verás, papá... Yo no dejo de preguntarme qué es realmente lo que hacemos aquí, por qué la ciudad es así... He oído hablar de otros tiempos en los que los hombres no estaban divididos en castas...

—Eso es un error, hijo; siempre las hubo.

—¿Es verdad?

—Sí. Pero era distinto: las clases existían; no obstante, todos los hombres podían aspirar a elevarse sobre su propia clase, podían alcanzar las otras, más superiores, y elevarse hasta donde sus poderes personales les permitían.

—¡Eso es muy hermoso!

—Lo es... Pero nadie sabe por qué las cosas cambiaron. Tampoco hay nadie que pueda explicarnos por qué los «betas» no aspiran a ser más y por qué los «gammas» no aspiran a nada.

—También me he preguntado eso muchísimas veces, padre.

Lionel se alarmó.

—No habrás hecho esa clase de preguntas a tus mentores, ¿verdad?

—No — el joven se sonrojó—. Sólo una vez, padre. El «robot-niñera» no me contestó, apareciendo en su frente la luz roja de lo «no existente».

—Comprendo. — Lionel suspiró profundamente—. No debes hacer eso, Lam; puede ser muy peligroso.

En el fondo, el miedo compartía su conciencia con la alegría que Lam le había dado, ya que aquello demostraba que su hijo «era distinto» y que, como él, había escapado al control de la Ciudad, a su maldito influjo.

—Tenemos que tener mucho cuidado, pequeño—dijo.

Y le explicó la aparición misteriosa de «ella», aquella noche de guardia cuando le dijo que él era un «hombre libre».

—¿Qué quiso decir con eso, papá.

—No lo sé exactamente. Quizá quiso decir que no era precisamente un «alfa», sino algo distinto: que mi cerebro iba a sufrir por conocer. ¿No te has dado cuenta de la mansedumbre de todo lo que nos rodean, Lam? Se limitan a obedecer, sólo eso..., pero ninguno se preocupa, por ejemplo, de conocer la identidad del «Supra», de saber el motivo de todo esto, de acercarse a la verdad.

Estuvo a punto de hacer a su hijo participe de los proyectos que tenía, pero se contuvo, diciéndose que no podía ser beneficioso para el joven aumentar la tensión emocional que le sacudía.

Pasaron alegremente los días de aquel permiso, identificándose cada vez más. Lionel prometió hacer lo posible para que su hijo no fuese alejado de él cuando entrase en servicio activo.

Luego, cuando el «móvil» se lo llevó, por el larguísimo puente, hacia la Casa Blanca, Lionel tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que sus compañeros, que también habían ido a despedir a sus hijos, no se percatasen de la infinita tristeza que se había apoderado de su alma.

* * *

Había llegado el momento...

A medida que se acercaba al ascensor que conducía a la cámara del «Supra», notaba que sus piernas le flaqueaban. Pero la intensidad de su deseo era tal que no pudo vencer el miedo orgánico que le estremecía todo el cuerpo.

El ascensor le llevó, silenciosa y rápidamente a la sala que conocía.

En efecto: un par de veces por ciclo, los «Alfas» estaban autorizados, previa llamada, a subir allí, para recibir instrucciones del «Supra».

En realidad, la inmensa sala no ofrecía detalle particular alguno, limitándose a ofrecer las concavidades de los megáfonos por los que la Máxima Autoridad ordenaba y hablaba.

Pero Lionel había observado varias veces que aquella pared de los megáfonos era corrediza y que detrás debía estar la solución del misterio que andaba buscando.

La sala estaba completamente vacía.

Caminando de puntillas, el hombre avanzó hacia la pared, buscando con temblorosos dedos la fisura que le permitía abrirla. El miedo seguía mordiendo en su pecho, pero su decisión no cejaba un solo instante.

Cuando, finalmente, encontró lo que buscaba, tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para empujar la puerta, que corrió silenciosamente, sobre los goznes magnéticos, dejando ver lo que había detrás.

Lionel retrocedió, horrorizado.

¡No!

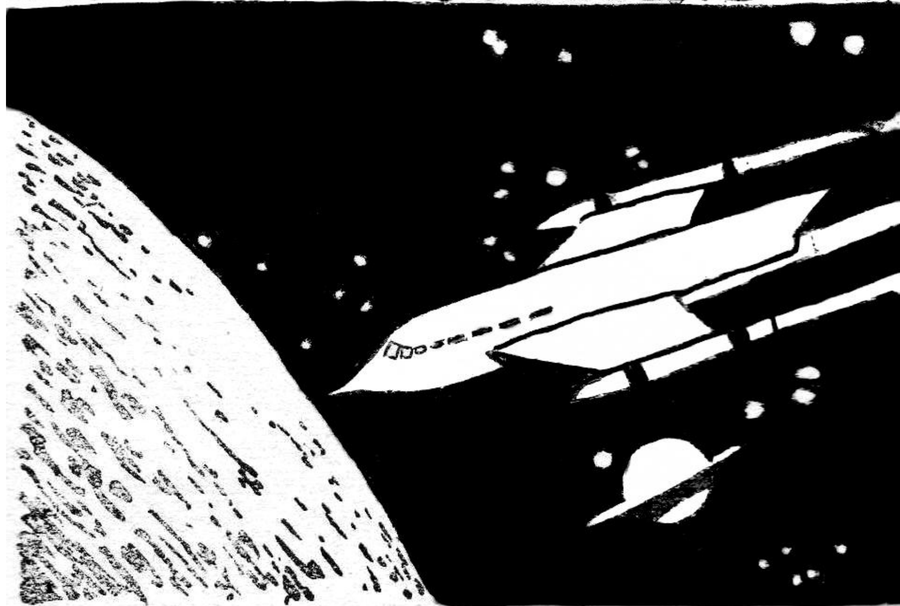
¡No podía ser!

Era completamente imposible que aquello representase lo que él deseaba ver, que «aquello» fuese lo que regía a la humanidad entera. Por encima del asombro, la cólera se apoderó de él.

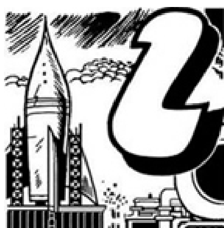
Pero entonces la voz del «Supra» le envolvió, como una tormenta monstruosa.

—«Has querido saber, ¿verdad? ¿Cómo es posible que tú no hayas sido...? Pero es igual. Serás castigado y buscaré al culpable..., que tampoco escapará...»

Entonces unas manos metálicas le sujetaron y algo le penetró en la cabeza, como una llamarada que le cegó, haciendo que se desplomase como fulminado por un rayo.



CAPÍTULO PRIMERO



EMY ABELL guiaba a los «alfas» recién salidos de la Casa Blanca. Todos ellos eran jóvenes, pero ya habían cambiado su túnica blanca por la dorada que les daba el cargo de verdaderos «alfas».

La visita empezó por las dependencias superiores, mostrándoles los lugares donde iban a vivir, las lujosas salas de reunión, las

«neumotecas», donde en cómodos sillones bastaba colocarse unos auriculares y apretar un botón para que los «libros» filmados se proyectasen en tres dimensiones y color sobre las pantallas individuales.

Allí, como en todas las máquinas de la Ciudad, un disco rojo avisaba cuando la petición se traducía en «imposible». Claro que una cosa así no solía ocurrir nunca.

Los comedores colectivos de la clase privilegiada estaban profusamente adornados con fotos relieve de 1a ciudad, dando una idea plástica verdaderamente admirable.

Siguiendo a Lemy, los jóvenes «alfas» admiraban todas aquellas suntuosas instalaciones, complaciéndose de que les fuesen destinadas.

Al bajar después a las dependencias de los «betas», vieron las salas repletas de máquinas calculadoras, los salones repletos de cerebros electrónicos, las cámaras destinadas a los mecanismos de estadísticas. Todo aquello servía para convertir las instrucciones que el «Supra» daba a los «alfas» en cifras aplicables a la vida misma de la ciudad.

Los «betas» los recibieron amablemente, inclinándose ante ellos y ayudando a Lemy en su pilotaje por aquel fabuloso laberinto, del que no iban a poder visitar más que una pequeñísima parte.

Había una sección, directamente conectada con el «Supra». «El Campo Omega» donde nadie podía entrar, ya que estaba servido por «betas» que jamás salían de allí.

Nadie, naturalmente, preguntó qué se hacía detrás de aquellos gruesos muros de acero; pero, de todos modos, Lemy dijo que «El Campo Omega» se comunicaba a su vez con una amplia sección de «Gammas, igualmente cerrada y mantenida en completo secreto.

Algunos «alfas» adultos acompañaban a los jóvenes en aquella visita y uno de ellos, cuyo rostro expresaba un vacío mental absoluto, caminaba penosamente detrás de los demás, mirando estúpidamente a todos los lados

Era Lionel Wakeford.

Desde que once ciclos antes había sido fulminado por la poderosa mano del «Supra», vagaba de un lado para otro, sin que nadie le hiciese caso, mentalmente anulado, con la mirada pérdida en un ensueño elemental.

No había faltado ni una sola vez a las visitas que Lemy guiaba por las entrañas de la Ciudad.

Después de la visita a los cien pisos de los «betas», donde

comieron, invitados por éstos, descendieron, pasando la barrera de acero, que se abría en contadísimas ocasiones, al mundo profundo de los «gammas».

La misión de la clase inferior de la Ciudad era, principalmente, la de cuidar de las enormes extensiones dedicadas a los cultivos hidropónicos. Fueron, pues, directamente a los subterráneos, dejando para después la visita a los pisos destinados a la vivienda de los «gammas».

Unos inacabables pasillos, limitados por ambas partes por paredes de cristal, se extendían indefinidamente. Detrás de los muros de cristal, completamente transparente, brillaban los globos de los soles artificiales, que iluminaban el contenido líquido, donde flotaban extrañas masas verdosas.

—Los cultivos hidropónicos — explicó Lemy Abell — aparecieron en la Tierra después de la Tercera Guerra Mundial, cuando las radiaciones de los explosivos atómicos y nucleares habían matado o rendido inutilizables el ochenta por ciento de las tierras de labor.

»Las bacterias nitrogenizantes habían dejado de existir casi totalmente, debido a las antedichas radiaciones, así como la mayoría de los micro-organismos que formaban la flora del suelo y de la que los vegetales sacaban el nitrógeno que necesitaban para vivir.

»E1 panorama no podía ser más desastroso y urgía establecer nuevas normas para que la humanidad no muriese de hambre. No había que pensar en los animales domésticos, ya que todos ellos habían desaparecido; siendo especialmente sensibles a las radiaciones atómicas.

»Fue entonces cuando surgieron los cultivos hidropónicos. Estos nacieron por la necesidad de hacer que las plantas viviesen… sin tierra.

—¿Les era necesario? — inquirió uno de los jóvenes.

—Les era vital. La tierra no solamente les servía de sustento, en el sentido concreto de esta palabra, procurando a las plantas la posibilidad de «fijarse» en el suelo, de «sujetarse». La vida vegetal fue posible en la Tierra gracias al suelo, cuya superficie dividía a las plantas en sus dos polos fundamentales: el externo, vertido hacia la conversión de la clorofila en hidrocarbonados, gracias a los rayos solares y el interno, donde, además de las sales minerales tomadas por las raíces, se realizaba la síntesis del nitrógeno, en colaboración con las bacterias del suelo.

»A1 fallar este último polo y desaparecer las bacterias, el Hombre

tuvo que ingeniarse para dar al vegetal un nuevo «hábitat»: el agua. De ahí nacieron los primeros cultivos hidropónicos.

«Podéis verle aquí: las semillas son lanzadas al agua, que una corriente de nitrógeno sintético recorre constantemente. Al mismo tiempo, chorros de sales disueltas invaden el cultivo: sodio, potasio, magnesio, manganeso…, todo lo que la vida vegetal necesita les es servido en cantidad y calidad.

—Pero eso sólo soluciona el polo inferior de las plantas… —observó, juiciosamente, uno de los «alfas».

—Es verdad. Pero también se solucionan los problemas del polo superior. Como veis, ahí dentro hay ya vegetales que poseen hojas verdes. Eso quiere decir que la función clorofílica se realiza normalmente. En efecto, esos soles artificiales, productores de radiaciones infrarrojos y ultravioletas, hacen que las plantas puedan sintetizar los azúcares necesarios para su vida, a partir del almidón…

»Pero no reside en esto solamente la verdadera revolución que los cultivos hidropónicos han dado a los vegetales. El hombre, al estudiar la vida de las plantas, descubrió la cronicidad de las cosechas, viendo que, después de todo, un vegetal tiene una «vida determinada», en concreta relación con la actividad solar, la cantidad de alimentos del suelo… De ahí que algunas regiones de la Tierra, antes del Gran Conflicto, fuesen capaces de producir un número de cosechas superior al del resto de las tierras de Globo.

«Gracias a las radiaciones atómicas, mesuradamente proporcionadas, las células vegetales se dividen a una velocidad mayor que la que antes se tomaba, por normal. El proceso de división celular por mitosis era como «la explosión de la vida», cuando ésta legaba a un cierto punto, venciendo las fuerzas de la tensión superficial.

»La célula se dividía en dos cuando «se hallaba llena». El átomo es capaz de provocar esa división, siempre con alimentos suficientes, en el tiempo que deseamos.

»De ahí el éxito de los cultivos hidropónicos, donde se producen las cosechas a voluntad. ¿Se necesitan más? Nada más fácil: se aumenta la cantidad de alimentos minerales, se incrementa la acción de los soles artificiales y se radia atómicamente las células, obligándolas a dividirse más aprisa. Se consiguen así plantas gigantescas, cosechas en cantidad indecible…

Lemy siguió explicando, pero la atención de los jóvenes estaba ahora concentrada en los «gammas», que, alzándose desde el borde superior de los estanques hidropónicos, nadaban bajo el agua,

recogiendo las plantas ya maduras.

Abell se dio cuenta de aquello.

—Esa es la labor más penosa de los “gammas»— explicó—. Las radiaciones atómicas que contiene el agua dañan sus organismos que, poco a poco, van sufriendo la acción amenazante de esas radiaciones. Miles de «gammas» mueren cada año de esa enfermedad radiactiva. Pero su vida está dedicada a ello para el bien de la ciudad.

Desde que habían penetrado en la tenebrosa zona de los «gammas», el viejo Lionel se mostraba más inquieto. Sus ojos brillaban intensamente y no dejaba de mirar a un lado y a otro, como si buscase ansiosamente a alguien.

Apenas pasó delante del primer grupo de «gammas-buceadores», se paró ante ellos, mirándoles fijamente.

—¡Lam, hijo mío!—exclamó, con lágrimas en los ojos.

Pero los «gammas» le miraban sin comprender, volviéndose de espaldas a aquel extraño «alfa», que cometía el enorme pecado de hablarles.

No cejaba Lionel, a pesar de la hostil actitud que le rodeaba, de pararse ante cada nuevo grupo de «gammas».

—¿Estás por ahí, hijo mío?

Uno de los jóvenes miembros de la caravana se acercó a Lemy Abell.

Preguntó:

—¿Qué le ocurre, a ese anciano, amigo?

Abell se encogió de hombros.

—Fue castigado, no sé por qué, por el «Supra»... Su hijo, que era un «alfa» blanco, fue condenado a convertirse en «gamma». Por eso, cada vez que venimos de visita por aquí, se para ante cada «gamma», creyendo que va a encontrar a su hijo... Pero sigamos: tenemos mucho que ver aún.

* * *

Lam vio la caravana de los «alfas» que se acercaba a la zona de los cultivos hidropónicos donde él se hallaba.

Como otras veces, el joven no tardó en ver a su padre, cada vez más viejo, más hondamente hundido en aquella especie de estupidez que tan profundamente le hería.

Lam cerró los puños.

¡Cuánto le hubiese gustado decir a Lionel «que seguía siendo el mismo»!

Porque así era.

En realidad, Lam no hubiese podido decir mucho más a su padre, siempre que éste hubiera podido entenderle. Porque él mismo no comprendía lo que había ocurrido. Lo cierto fue que pasó a la «Zona de Conversión», dentro, naturalmente, del «Barrio del Matriarcado», puesto que eran las mujeres las encargadas de aquellas misteriosas operaciones.

Una vez dentro de la «Zona de Conversión», Lam perdió el conocimiento, despertándose después en las honduras de los habitáculos de los «gammas»; *pero de todos modos no se notó en nada diferente...*

Y aquello fue lo que, durante muchísimo tiempo, le preocupó intensamente, impulsándole a analizarse, a «mirar hacia dentro», en su mente, en busca de que algo hubiese cambiado. Pero tuvo que llegar a la conclusión de que seguía siendo el mismo.

¿Qué le habían hecho, pues, en la «Zona de Conversión»?

Habían pasado once ciclos y Lam se había convertido en un joven hercúleo, un ejemplar humano que hubiese llamado la atención en el mundo de los «gammas», si éstos hubieran sido capaces de aquilatar las diferencias existentes entre ellos y aquel extraño «incorporado».

Miró a los «alfas».

Un sentimiento de odio profundo lo sacudió, como una descarga eléctrica; luego, antes de decidirse, clavó su mirada en los rasgos cansados de su padre, en sus ojos apagados, en el cabello blanco que aureolaba su amplia frente.

Y se lanzó al agua, hundiéndose entre las plantas del cultivo hidropónico.

Nadó, ágilmente, mucho más que sus compañeros. Llevaba una hoz metálica en las manos, con la que cortaba los frutos de las plantas, de un golpe seco y preciso, atando a su cintura lo que iba recogiendo.

Ningún «gamma» era capaz de soportar la inmersión tanto tiempo como Lam; pero, además, ninguno de ellos sabía lo de la pomada...

El joven sonrió en el fondo del cultivo.

¿Qué sabían aquellos pobres «gammas» de lo que eran radiaciones, del espantoso peligro que significaban para el cuerpo, de

la destrucción lenta de los centros formativos de la sangre, produciendo, al principio, una anemia tremenda y, finalmente, la muerte por leucemia?

Apretó los dientes.

No, por ahora no podía disponer de más cantidad de pomada que la que Ely le traía, sin querer decir de dónde; pero él pensaba en el día en que los «gammas» podrían protegerse... y hasta en la gloriosa fecha en que volverían a ser seres humanos.

Subió a la superficie, tomando glotonamente el aire del exterior.

En aquel momento los «alfas» pasaban cerca de los últimos depósitos. Lionel iba el último, deteniéndose ante cada «gamma» y preguntando, siempre con el mismo tono lastimero:

—¿Eres tú, hijo mío?

Un grupo de «gammas» entraba en aquel momento para reemplazar al equipo que había trabajado hasta entonces.

Sus voces rítmicas sonaban extrañamente, en el recinto subterráneo.

¡Arriba, «gammas»! ¡Al trabajo!
Los cultivos hidropónicos nos esperan.
Habrá agua, mucha agua...
Y el verde de los soles artificiales, iluminando
[las plantas...

¡Plantar! ¡Plantar! ¡Plantar!
Dentro de tres Ciclos iremos al Piso Rosado...
¡Y podremos amar!

Dentro de tres Ciclos iremos al Piso Rosado...
Por eso hay que llenar los tanques de vida,
con agua, mucha agua...
¡Plantar! ¡Plantar! ¡Plantar!

Eran los jóvenes «gammas», los que dentro de tres años se casarían, viviendo, como los demás, en las celdas individuales de la Colmena de los Pisos inferiores.

Lam miró a los dorados alfas que se alejaban...

Y no hizo falta que oyese las lamentaciones de su viejo padre que, como siempre, despreciado por todos, iba el último, con los ojos arrasados de lágrimas, extendiendo sus sarmentosas manos hacia los «gammas» que pasaban cantando:

¡Plantar! ¡Plantar! ¡Plantar!

Y la voz quejumbrosa de Lionel:

—¡Hijo, hijo mío!

CAPÍTULO II



LY dejó que Lam se echase a su lado, sobre el suelo de espuma que cubría la celda. Millones como aquélla, en la Colmena, los ciento ochenta pisos inferiores de la ciudad —entre los sótanos de los cultivos y los departamentos mecánicos de los «betas» — daban cobijo a las parejas de «gammas», siendo sus hijos, cuando nacían, enviados a los Sectores Blancos de los Gammas, pasando después por la Zona de Conversión, yendo luego a las Áreas de Aprendizaje, junto a los sótanos, antes de integrar la masa anónima de los «gammas».

Cuando Lam se hubo echado, ella secó su sudorosa frente, contemplando el movimiento rítmico de su poderoso tórax.

Ely tenía los ojos azules y como todas las mujeres humanas, desde las clases superiores a la inferior, no había pasado por la Zona de Conversión, departamento exclusivamente destinado a los hombres. Sus cabellos eran dorados y caían sobre sus hombros.

—¿Estás cansado, Lam?

—Un poco...

Ella le pasó la mano por el musculoso hombro y sonrió, sintiendo aún la viscosa sensación del contacto con los restos de la pomada que ella misma había extendido sobre su cuerpo.

—Tengo que ir al Gineceo... — dijo ella, como si pensase en voz alta.

—¿Otra vez ?

—Sí. La Matrona nos ha convocado para mañana — frunció el entrecejo—. Tenemos que acompañar a los nuevos «gammas» a la Zona de Conversión.

Lam apretó los dientes.

—¡Cuánto me gustaría saber lo que pasa allí dentro!

—También me gustaría poder decírtelo, querido. Y no creas que no se lo haya preguntado a Helia...

Él se incorporó, súbitamente interesado.

—¿Qué te respondió?

—Que no había llegado la hora de saberlo.

Lam entornó los ojos.

—¡Helia! Todo se lo debo a ella, amor mío... No sé cómo, pero estoy seguro de que ha sido gracias a ella como todo esto es posible y que otras cosas lo serán. ¿Quién puede ser Helia?

—Es una mujer.

—Sí, ya lo sé. Me la has descrito mil veces, me has dicho que ya es vieja, pero que hay en su rostro huellas de una belleza maravillosa...

—Debió de ser muy hermosa.

Hubo una pausa.

—¡Y pensar que ella puede darme la clave de muchas cosas! ¿Por qué no habla y dice todo lo que sabe?

—Helia es inteligente, Lam; muy inteligente. Por ahora se ha limitado a protegerte; es decir, a protegeros.

—¿Qué quieres decir?

—No me has dejado, cariño... Esta noche debes ir al Sector Noveno, célula dos mil treinta y cinco...

—¿Yo?

—Sí. Alguien vino de allí diciéndome que te lo comunicase. Desean hablar contigo.

—¿Quién?

—«Gammas», como nosotros. El que vino era muy simpático.

Los ojos de él se encendieron, como si algo súbitamente ardiese

en lo profundo de sus negras pupilas.

—¿No te das cuenta, Ely ? ¡Eso quiere decir que se empieza a fraguar algo! ¡Que la Gran Hora se acerca!

Ella le acarició los cabellos.

—Cálmate ahora, querido. Voy por la comida. Después podrás ir a la cita; pero ten mucho cuidado. Porque, aunque no es corriente que los «betas» bajen por aquí, puede ocurrírseles el hacerlo y se extrañarían de veros reunidos…, cosa que nunca puede ocurrir en la Colmena.

—No temas. Además tenemos la gran suerte de que los «gammas» no se preocupan en absoluto de lo que ocurre a su alrededor.

—No es de los «gammas» de los que debes temer, sino de los «betas».

Él le sonrió, cogiéndola las manos entre las suyas.

—Es posible, querida, que un día logremos salir de aquí. No sé por qué, pero se me antoja que va a iniciarse una nueva vida…, y tú podrás ser feliz, muy feliz…, como todos.

—¿Viste hoy a tu padre? He oído decir que los «alfas» bajaron a los Sótanos.

La expresión de júbilo se borró del rostro de él.

—Sí…, le vi. ¡Pobrecillo! Yo quisiera pararme a su lado, abrazarle, decirle todo lo que le amo. Pero los «alfas» se extrañarían al ver que le reconocía y sabrían… que no soy un «gamma», sino alguien superior a ellos mismos.

—¡Qué horrible tumba es la Ciudad, Ely amada! Miles de millones de seres sumidos en un estado espantoso, viviendo lejos de la luz del sol, sometidos a la más infame de las esclavitudes…

Ella cerró sus labios con los suyos.

Y Lam sintió en aquella caricia como la esencia lejana de los amores de los hombres libres de otros tiempos: una especie de llamada que venía de muy lejos, de donde él nunca podía soñar en ir…

* * *

—Soy Lam.

La celdilla había sido evacuada de todo lo que pudiese estorbar y el joven vio a cinco hombres que estaban sentados sobre el espumoso suelo del interior.

—Pasa.

De todos ellos uno destacaba por su potente personalidad, sus anchas espaldas, sus brazos enormes y la intensidad de su mirada.

—Me llamo Stuard —dijo, extendiendo la mano al recién llegado—. Estos son Liwg, Fred, Alan y Tom.

Lam estrechó las manos que le fueron ofreciendo. Después, a un gesto de Stuard, tomó asiento junto a ellos en el suelo esponjoso.

—Miram —dijo Stuard, después de una pausa— me trajo un recado del Gineceo.

—¿Miram?

—Mi esposa. Helia le habló.

—¡Ah!

—Nosotros ignorábamos tu existencia.

Lam sonrió.

—Y yo la vuestra.

—Es distinto. Nosotros nacimos aquí, en la Colmena... Tú naciste en la Casa Blanca, en los pisos de los «alfas».

—¿Cómo lo sabes?

—Helia lo dijo a Miram. Le dijo: «Di a los tuyos que busquen a Lam Wakeford, está en el Sector XXI, célula 3.322...»

Hubo un silencio.

—¿No dijo más? —insistió Lam.

—Sí. Dijo que tú debías ser nuestro jefe.

El joven sintió una oleada de color que le trepaba por el rostro.

—¿Yo... vuestro jefe?

—Eso dijo.

—No puede ser. Yo no sé nada, ni lo que hacer, ni lo que ordenaros... ¿Cómo puedo ser jefe?

—Tampoco sabemos nosotros nada. Pero Helia dijo que tú sabrías.

—¿Dijo eso?

—Sí.

Y después de una pausa siguió:

—Nosotros también somos jefes, Lam. Cada uno de nosotros está en contacto con un grupo de «gammas».

—¿Hay más como nosotros?

—No. Se trata de «gammas» corrientes a los que se nos ha ordenado cuidar. Los nombres los proporcionó Helia, junto con dosis de pomada protectora.

—¡Ah! ¿También la usáis vosotros?

—Sí. Y protegemos los cuerpos de los hombres de los que te acabamos de hablar. Son «gammas» puros, quizás un poco más despiertos que los demás. Helia ordenó, siempre por medio de Miram, que los cuidásemos especialmente. Ninguno de ellos es capaz de pensar como nosotros y ofrecen el mismo estado de estupidez que el resto de los «gammas».

—Es extraño..,

—Sí. Porque te habrás dado cuenta de que nuestro verdadero tesoro, el arma más poderosa que poseemos es el poder de pensar. A nuestro lado, a nuestro alrededor, millones de seres se mueven sin pensar, limitándose a obedecer las órdenes que se les da... ¿Por qué somos capaces de pensar, Lam?

—No lo sé.

—¿Pensaban así los hombres libres de épocas remotas?

—Sí. No olvidé lo que vi en las mnemotecas, cuando vivía con los jóvenes «alfas» en la Casa Blanca. Los hombres libres de otras épocas pensaban.

—¿Todos?

—Sí.

—Entonces... ¿no había «gammas»?

—No... en cierto modo. Mi padre me explicó algo de eso. Había una cierta división en clases: «alfas», «betas» y «gammas», pero todos ellos eran hombres libres, capaces de pensar.

Tom, un muchachote alto y seco, lanzó un suspiro.

—¡Ahora sólo piensan los «alfas»!—exclamó.

—No lo creas—repuso vivamente Lam—. Los «alfas» no piensan, al menos como nosotros.

—¿Es posible? ¿No son hombres libres?

—No. Poseen muchísimas cosas que no tienen las otras castas,

pero están igualmente sometidos al «Supra».

—¡Maldito!

Había sido Stuard quien lanzó aquella exclamación colérica. Lam, que no estaba acostumbrado a aquella clase de juicios dichos a gritos, se estremeció.

—Hablar así puede ser peligroso.

—No temas, amigo. Estamos rodeados de mentes vacías. Lo importante es que todos pudieran gritarlo como yo, con fuerza, haciendo que el «Supra» oyese lo que de él pensamos. No lo dudes, ese día llegará.

* * *

Lemy Abell gozaba de una clara posición en el mundo luminoso de los «alfas». Desde la caída de Lionel, acontecida mucho antes, había habido en numerosos privilegiados una especie de pugna por conseguir el puesto que Wakeford había logrado ocupar. Pero de entre ellos Lemy era el que mejor estaba armado y no le fue extraordinariamente difícil conseguir ser el preferido del «Supra», quien lo llamaba con frecuencia, dándole instrucciones concretas y ofreciéndole regalos, los más preciados para un habitante de la Ciudad: frutos y manjares exóticos.

Aquella tarde Abell iba hacia el amplísimo aposento que ocupaba, pensando con alegría que había obtenido un permiso para pasar una temporada con su nueva esposa, premio que había logrado por sus excelentes servicios a la Ciudad.

Al entrar en su morada, Lemy vio en seguida que la luz roja del llamador electrónico se hallaba encendida, lo que quería decir que había de presentarse inmediatamente en la Mansión del «Supra».

Así lo hizo.

La estancia donde se derrumbó para siempre la personalidad de Lionel seguía invariable, y Lemy se situó respetuosamente ante la pared de los megáfonos. Luego oprimió un botón a su derecha, para comunicar su presencia.

La voz ronca del «Supra» llegó hasta él.

—Te he llamado, amigo mío, para encomendarte una misión delicada. No puedo decirte, porque no lo comprenderías, cómo han llegado a mí las cifras de unos fallos producidos en la Zona de Conversión, como tampoco entenderías lo que de ello puede derivarse... De todos modos, sospecho hacia dónde apunta ese ataque y, aunque no estoy seguro de dónde procede, no tardaré en saberlo...

Lemy estaba aterrado.

Hasta entonces nunca había oído la palabra «ataque», al menos dirigida hacia la personalidad formidable del «Supra». ¿Era posible que alguien estuviese lo bastante loco para intentar atacar al poder establecido desde hacía milenios?

—Estoy dispuesto a obedecer — dijo.

—Ya lo sé, Lemy… aunque eso es muy delicado. Voy a convertirte, aparentemente, en un «gamma». Conviene que convivas con ellos durante un tiempo… en un determinado Sector. ¿Recuerdas a Lam Wakeford?

—Sí.

—Está en el Sector XXI, Celdilla 3.322. Tú irás a vivir a la Celdilla 3.323, al lado de la de Lam. Una vez allí, una mujer de toda confianza te acompañará, abrirás mucho los ojos y los oídos. ¡Deseo una información completa de lo que hace ese «gamma»!

—Bien.

—Para que nadie pueda reconocerte pasarás antes por el Departamento de Cirugía Estética, que te proporcionará un rostro distinto…

—Pero…

Lemy no podía comprender que el «Supra» tuviese que echar mano a aquellos bajos procedimientos para cortar algún hecho contrario. Su poder era demasiado grande para no poder destruir, si lo desease, inmediatamente todo un Sector de «gammas».

—¿Querías preguntar algo ?

—No.

—Entonces puedes irte. Quiero que bajes a la Colmena hoy mismo.

—Eso haré.

Y abandonó la sala, bajando en el «descensor» y caminando después hacia el Departamento de Cirugía Estética, en el que penetró.

* * *

Lam se sumergió nuevamente, llegando en pocas brazadas al fondo del depósito hidropónico.

Desde que sabía que había otros hombres en aquella Colmena que pensaban corno él, que sentían como él y que deseaban algo nuevo

para la humanidad, algo que rompiera el peso de la tiranía del «Supra», surgido de donde nadie sabía y que había alcanzado su omnímodo poder de una forma que nadie conocía; desde que sabía que no estaba solo, el joven se sentía otro, lleno de impulsos nuevos, sin aquella amargura que había surgido de su impotencia anterior.

Cuando terminó, se colocó, como los demás, formando aquellas hileras interminables, junto a sus compañeros de la Celdilla 2.033, con los que se reunía, después del trabajo, escalando las rampas móviles que conducían a la Colmena desde las insondables profundidades de los Sótanos.

Los «gammas» empezaron a cantar su vieja canción del regreso:

«Ahora ya volvemos, volvemos...
Nuestros cuerpos están empapados de sudor;
nuestros brazos y piernas están doloridos;
los ojos escuecen y el aire silba trabajosamente
[en nuestros pulmones...
Pero hemos cargado de frutos las vagonetas,
hemos acariciado las joyas verdes de los cultivos;
hemos sentido la vida que crecía en el agua...
y podemos estar seguros de que la Ciudad
no faltará nunca de abundante pitanza...
¡Adelante, «gammas»! ¡Ahora es el regreso!»

Millones de hombres volvían, cruzándose con los otros millones que bajaban, cantando también, en el turno que entraba entonces... Un movimiento sin cesar, un ir y venir inacabable. Era la entraña de la Colmena, la vida intensa que se defendía ásperamente contra la escasez.

Con un Signo de «hasta luego», Stuard y los otros se separaron al llegar a su Sector.

Lam continuó, hombro con hombro con los otros «gammas», que seguían cantando, llenando las cavidades de la Colmena con sus voces monótonas.

Momentos después el joven penetraba en su celdita, donde Ely le esperaba ya con la ración que había ido a recoger del distribuidor: pasta vitamínica, sobre la que se extendía un jugo incoloro con sales minerales e hidratos de carbono.

—¿Cansado? — le sonrió ella.

—No. Ya no es como antes, amor mío... ¡Ahora la esperanza me hace ver las cosas de otra manera!

La sonrisa se acentuó en los labios de ella.

—Tu esperanza crecerá seguramente cuando te diga algo nuevo...

Lam, que se lavaba la cara, se volvió hacia ella.

—¡Cómo te gustan los misterios, querida!

—Eres tú quien me acostumbra, Lam... Aunque, si he de decirte la verdad, los misterios me dan miedo.

—A mí no, me enervan, me ponen furioso. Porque los misterios humanos están hechos para engañarnos, para cerrarnos el camino hacia la verdad. Pero ¿qué querías decirme que aumentará mi esperanza?

—Helia quería verte.

Se quedó parado, boquiabierto, sin saber qué decir. Durante una larguísima pausa que duró muchísimos minutos miró a la muchacha, sin verla, dejando que su mente digiriese lo que acababa de oír.

¡Helia quería verle!

Aquello demostraba que las cosas iban muchísimo más de prisa que lo que él mismo se hubiese atrevido a imaginar.

Sus ojos perdieron el brillo, concentrando la mirada en Ely.

—¿Es posible que «ella» quiera verme, querida?

—Sí.

—¿No te das cuenta de lo que eso significa?

Pero casi inmediatamente, cuando la realidad se hizo en su cerebro, todo el entusiasmo que palpitaba en él se desmoronó, incapaz de mantenerse un instante más en equilibrio.

—¡Es imposible!

Ella le miró sorprendida.

—¿No vas a ir, Lam?

—¡Claro que iría! Pero ¿cómo? ¿Has olvidado el muro de acero? Además, aunque éste se abriese, ¿cómo podría encontrarla? La Ciudad es inmensa, amor mío, y jamás llegaría al lugar donde «ella» me espera.

Ely sonrió.

—¡Cómo te complace el complicar las cosas, Lam! ¿Crees que Helia te hubiese llamado si no estuviese segura de que puedes llegar hasta ella?

El se avergonzó y bajó la cabeza.

—Soy un estúpido — musitó entre dientes.

—Eres un impetuoso, eso sí. Como todos los hombres, de la clase que sean.

—¿Cómo he de llegar hasta «ella», Ely?

—No es fácil, pero podrás hacerlo. Helia me ha dado todos los detalles necesarios... pero has de tener mucho cuidado, querido.

—¿Por qué?

—Ahora te explicaré. Verás: has de subir a una de las vagonetas de frutos, procurando agacharte bien, ya que el pasaje del muro de acero, como sabes, es muy justo. Después, antes de llegar a las trituradoras, saltarás por la derecha, sobre una pequeña plataforma, justo en el mecanismo de la balanza que controla el peso de cada vagoneta...

—Comprendo.

—Pero no olvides, querido, que un segundo después las vagonetas vuelcan su contenido en la máquina trituradora y si te distrajeses...

Palideció.

Tampoco Lam pudo evitar un estremecimiento, ya que se imaginaba lo que sería de su cuerpo si pasaba las compuertas de la trituradora, en cuyo interior las hélices y las ruedas, los rodillos y las centrifugadoras lo reducirían a pulpa, mezclándolo con las toneladas de frutos que penetraban allí cada minuto.

—¿Qué debo hacer después? — inquirió.

—Una vez en la plataforma sigue el borde metálico de la balanza. Al final, junto a una puerta secreta de la Zona de Conversión. Allí estará Helia.

—¿Qué querrá de mí, querida?

—No lo sé; pero, de todos modos, ha de ser muy importante.

Comió con apetito y salió después de la Celdilla, dirigiéndose directamente hacia la zona por la que pasaban las vagonetas. No había, como de costumbre, nadie por aquella parte.

No lo dudó.

Y de un salto, que demostraba su envidiable agilidad, saltó sobre una de ellas, que subía velocísimamente hacia el muro de acero que separaba la zona de los «gammas» de la parte superior de la ciudad.

CAPÍTULO III



A verticalidad de la cadena de vagonetas era impresionante.

Pero no era aquello lo que preocupaba a Lam.

Conociendo el punto de entrada de las vagonetas por el túnel del muro de acero, sabía que éste contenía justamente el vehículo, que estaba cargado hasta el borde.

¡Y su cuerpo sobresalía demasiado para soñar en poder pasar!

Por eso, con todas sus fuerzas, sabiendo que tenía el tiempo estrictamente justo para hacerlo, aplastaba los frutos con toda su fuerza, de manera que su cuerpo no tropezase con los bordes interiores del túnel, que le hubiesen destrozado por completo.

Fue una lucha espantosa contra la masa de frutos que tenía bajo el cuerpo. Allí, aplastando, destrozando con pies y manos, fue haciéndose un hueco, creándose un espacio donde anidar su cuerpo antes de que la cadena llegase a la entrada del túnel.

El hueco iba creciendo.

De repente el joven empezó a oír el «¡zap!» que hacían las vagonetas al penetrar en el estrecho conducto de acero. El sonido fue creciendo, como si alguien contase a toda velocidad.

«¡Zap! ¡zap! ¡zap!...»

Se aplastó, no sabiendo exactamente, ya que no le daba tiempo a volverse para controlarse, si alguna parte de su cuerpo sobresalía por el borde superior del vehículo.

«¡Zaaaaa... aaap!»

Había penetrado en el túnel.

La succión del aire le hizo la impresión de que no podía respirar; por fortuna, la vagoneta salió velozmente del túnel, penetrando en el camino que conducía a la trituradora.

Sacó la cabeza prudentemente.

La cadena de vehículos atravesaba un espacio abierto. Bajo él, a muchos metros de distancia, quedaba una especie de pared metálica. Una caída en aquel sitio sería definitivamente fatal.

Fue entonces cuando, cien metros más adelante, vio la plataforma de la báscula.

Y palideció.

Porque aquella «plataforma» no era más que una minúscula cornisa, que se prolongaba todo alrededor de la masa de la báscula electrónica, de no más de dos pies de ancho, en la que debía caer matemáticamente si no deseaba romperse el cuerpo cincuenta metros más abajo.

Y a la velocidad que se movían las vagonetas el descender era un verdadero suicidio, ya que la superficie de la pared de la báscula...

¡Eh, un momento!

Acababa de ver una especie de minúscula barandilla o cañería que recorría la lisa superficie de aquel muro. Si se trataba de un agarradero, estaba salvado, si era algo que no estaba fijo, él lo arrancaría con la violencia de su llegada... y ambos, cañería y él, bajarían rodando hacia el abismo.

No tenía más remedio que exponerse.

Porque casi inmediatamente después de aquella cornisa la boca voraz de la trituradora se abría insaciable. Y detrás de aquella boca los dedos de acero esperaban la masa para reducirla a pulpa.

Un sudor helado perlaba su frente…

Agarrado espasmódicamente al borde de la vagoneta, pensó en todo lo que podría lograr si conseguía establecerse sobre la cornisa.

Esta se acercaba a una velocidad espantosa.

No lo pensó más.

Sacando el cuerpo, se dispuso a saltar, haciéndolo momentos después justamente cuando pasó delante de la cornisa. No tenía más remedio fue afianzarse a aquella barra plateada, esperando que estuviese fija al muro metálico.

Y lo estaba…

Lo notó nada más cerrar fuertemente sus dedos sobre ella, respirando después alegremente. Casi en seguida se llamó estúpido, ya que «ella» no podía haber dejado que él corriese peligros excesivos.

Estuvo allí unos minutos, dejando que su corazón volviese a latir con ritmo normal; después, separando la mirada de la cadena, que seguía desfilando vertiginosamente ante él, retrocedió, siempre afianzado en la barandilla, caminando por la cornisa, mirando de vez en cuando hacia abajo, donde en cualquier lugar cincuenta metros de distancia le separaban del suelo del fondo.

La cornisa desembocaba bruscamente en un pasadizo mucho más ancho, por el que pudo caminar sin agarrarse a ninguna parte. Un poco más tarde, al seguir una curva que describía el nudo, «la vio» ante él, a media docena de pasos, cubierta con su túnica azul que le llegaba hasta los pies.

A medida que se acercaba a ella, Lam se dio cuenta de la verdad que había en las palabras de Ely. Aquella mujer debió de ser muy hermosa, más que ninguna otra.

Ella también le miraba y finalmente sonrió.

—¡Hola, Lam! —dijo.

—¡Hola!…

No se atrevía a llamarla por su nombre ni decir señora. Ninguna palabra le parecía la justa para dirigirse a ella.

—¿Estás contento? — inquirió con voz dulce.

—Mucho…—balbució él enrojeciendo—. No sabe cuánto le agradezco que me haya llamado.

El recuerdo de la realidad hizo que la tersura de su frente se nublase, apareciendo en ella algunas arrugas.

—Te he llamado — dijo — porque siento en mí la idea de que algo grave se acerca. No, no me preguntes... no sabría decirte nada concreto. Es como una premonición, una amenaza que puede caer de un momento a otro.

—¿Sobre... usted?

—Sobre todos.

Y después de una pausa propuso:

—Vamos.

Le llevó hasta la pequeña puerta que había al final de la rampa. Entonces se volvió.

—Vas a penetrar, Lam, en la parte más secreta de la Ciudad. Nadie, salvo nosotras, que fuimos destinadas aquí, ha entrado jamás en la Zona de Conversión.

—¿Qué significan esas palabras?

—Pronto lo verás.

Abrió la puerta, dejando que él pasase y cerrándola después detrás de ella.

Lam miró hacia adelante.

Una cámara enorme se ofrecía a sus ojos: una especie de pasillo interminable. Pero lo más curioso era que, a ambos lados, unas cavidades, con rieles magnéticos, hacían moverse a unos vehículos, verdaderas literas, que circulaban hacia unos túneles, igualmente situados a ambos lados, por los que desaparecían finalmente.

Todas las literas, minúsculas, iban cargadas: en cada una había un niño sonrosado, un bebé que parecía dormir apaciblemente. Pero Lam vio las correas de plástico que sujetaban sus cuerpecitos.

—¿Qué es eso? — preguntó con un nudo en la garganta.

—Ven y verás.

Una cinta móvil les llevó hacia el final del pasillo, haciéndolos pasar bajo un arco. Penetraron así en una nueva estancia; pero aquí, unas máquinas cubrían el camino que, normalmente, debían seguir las cunas-móviles.

Descendiendo de la cinta movediza y cogiéndole de la mano —cosa que le emocionó—, Helia le hizo acercarse a una de las máquinas, señalándole un visor que había en ella.

—Mira por ahí, Lam.

El joven obedeció y pegó el rostro al visor. Por el momento no vio nada; pero, de repente, la cabeza de uno de los bebés apareció en el campo óptico del visor, justo cuando la cuna-móvil se detenía.

Inmediatamente Lam vio que una aguja surgía de la máquina, lentamente, posándose primeramente en la frente del niño; después...

Ahogó un grito.

¡La aguja había penetrado en el blanco cráneo del infante, girando ahora a toda velocidad, como un fatal berbiquí!

—¡Va a matarlo!—gritó Lam sin poderse contener.

Ella le arrancó del visor.

—No... no lo matará. En realidad, la aguja penetra en el cerebro. Cuando lo ha hecho, una especie de varillas de paraguas se abren en el interior, girando velozmente. Cada una de esas varillas es una finísima cuchilla, extraordinariamente afilada...

—¡Qué horror!

—Al girar —prosiguió diciendo la mujer—, las cuchillas cortan la sustancia blanca del cerebro, en el lóbulo frontal.[1]

—¿Para qué se hace esa monstruosidad?

—Para destrozar las fibras de asociación. Todos estos niños son futuros «gammas» y la mutilación cerebral de que son objeto impide que puedan razonar convenientemente.

—¡Es una canallada!

Ella suspiró.

—Ven conmigo, Lam.

El joven la siguió, pasando a una nueva cámara, casi idéntica a la anterior, con el pasadizo por el que se movían las cunas-móviles.

—Estos serán «betas» — dijo.

—¿También se les hace lo mismo?

—No. Sufren una mutilación parcial, pero no en el área de las fibras de asociación, ya que van a necesitarlas, puesto que deberán manejar complicados aparatos.

—¿Entonces?

—Esas máquinas perforan su cráneo, cortando comunicaciones especiales en el hipotálamo. Así, los futuros «betas» serán capaces de pensar, pero no de sentir la esencia de la libertad de su personalidad. Habrá en todos ellos una desconexión talámica que los convertirá en

abúlicos, sin interés más que por su labor.

—Comprendo.

Habían llegado a la salida de aquella sala y penetraron en la tercera, notablemente más pequeña, pero de idéntica disposición.

—Esos son niños «alfas».

—¿Eh? ¿También... ellos?

—Sí. En estas máquinas se procede a una mutilación cerebral mucho más delicada que en las anteriores. ¿Sabes lo que es la hipófisis?

—Sí: una glándula situada en la parte anterior del cráneo y que controla a todas las demás.

—Eso es. Pero la hipófisis posee una parte puramente glandular y otra nerviosa. La máquina ataca, principalmente a esta última, haciendo que se pierda la unidad neurovegetativa del organismo, por lo que los «alfas» pierden la facultad de la discriminación personal y colectiva; es decir, la libertad.

—¡Pero todo esto es monstruoso! ¡Es un atentado contra el hombre y sus más sagrados atributos!

Ella sonrió tristemente.

—Todo es monstruoso en esta Ciudad monstruosa, Lam... Por eso se ha iniciado una lucha contra el fatídico poder que nos somete a estas torturas indecibles. Por suerte, las mujeres no son tratadas con estas máquinas, ya que el «Supra» sabe que si lo hiciese la herencia llegaría a cargarse de defectos, produciendo a lo largo mutaciones y terminando por que nuestros descendientes fuesen monstruos inservibles. Y eso no le conviene.

—¡Maldito! ¡Mil veces maldito!

Y después de una pausa, mirándola fijamente, preguntó:

—¿Conoce al «Supra», señora?

—No. Nadie lo ha visto; es decir, una sola persona.

—¿Quién?

—Tu padre.

Lam se estremeció hasta lo más hondo de su ánima.

—¿Mi padre? ¿Mi padre lo vio?

—Sí, pero pagó caro el haberlo visto... Fue trasladado aquí y su cerebro se destrozó, prácticamente, convirtiéndole en un mero

imbécil.

El joven cerró los puños.

—¡Juro que el «Supra» pagará todo esto !

Luego, dándose cuenta de que acababa de plantearse un gran problema, preguntó:

—Pero... ¿cómo pudo ser? Ningún otro «alfa» se atrevió jamás a pensar una cosa así, a desear ver al «Supra».

—Tu padre era un hombre libre.

—¿Qué quiere usted decir?

Una nueva sonrisa, no completamente exenta de tristeza, apareció en su bello rostro.

—Escucha, Lam: esto es una historia que deseaba supieses; verás... has de saber que un grupo de mujeres es siempre el destinado a cuidar de estas horribles máquinas que, por otra parte, se mueven automáticamente, sin que nosotras tengamos nada que hacer en ellas... Pero nuestra presencia aquí se explica por los cuidados que hay que dar a los niños después de «operados»... primeras curas y control de la «intervención». Todas nosotras procedemos de un Sector especial, con «robots-pedagogos» y una gran mnemoteca donde estudiamos medicina, fisiología, anatomía...

—¿Y pueden ustedes soportar... todo esto?

—Es la costumbre, Lam... el hábito. El corazón de la mayoría de nosotras se va endureciendo, y las que no logramos olvidar que estos niños nacieron todos normales sufrimos indeciblemente, sin poder hacer nada.

Hubo una larga pausa.

—Un día, Lam... tuve la suerte de descubrir que las máquinas podían ser controladas... en cierto modo. Aquello me sorprendió, teniendo el cuidado de no comunicárselo a nadie, ya que aquí, más que en ninguna otra parte de la ciudad, la envidia y el odio suelen llegar hasta límites insospechados. Hay un grupo de Adoradoras del «Supra», ellas mismas se llaman así, que no permiten nada que vaya en contra de la Ciudad. El «Supra» les colma de manjares extraños y ellas le obedecen ciegamente...

—Comprendo; pero ¿cómo llegó usted a descubrir lo de las máquinas?

—En realidad no fui yo... Mi madre estaba aquí y fue ella la que lo descubrió. Un día, llevaba yo aquí tres o cuatro años, mi madre me

dijo que ya tenía un marido para mí y que deseaba que cuando el Ciclo Rosado llegase fuese él, el elegido.

—¿Por qué él?

—Porque mi madre había hecho de él un hombre libre.

—No entiendo.

—Verás: mi madre descubrió que con una pequeña palanca se podía evitar que el resorte de la máquina funcionase, impidiendo que el aparato destructor cayese sobre la cabeza del niño. Naturalmente, el descubrimiento le causó una impresión vivísima, viendo al mismo tiempo la manera de alterar el contador.

—¿Qué es eso?

—La máquina que regula el número de intervenciones, comunicándolo después al «Supra» que, a su vez, se lo hace saber a los «betas» para el control de comida y de producción. Mi madre, al evitar, que el leucotomo funcionase, debía hacer, al mismo tiempo, que el contador «anotase» aquello como una verdadera operación, de manera que nadie se percatase de tal anomalía.

—¿Lo logró?

—Sí, con una aguja del pelo.

—¡Es fantástico!

—Todo eso fue lo que ella me explicó, señalándome el hombre que ella había librado de la mutilación. Era tan grande su miedo a ser descubierta, que no lo hizo más que una vez, con un «alfa», anotando el número de aquel niño y su nombre… que luego me dio a mí.

»Más tarde, ya casada con él, tuve un hijo… Y yo no quise que mi hijo sufriese la horrible mutilación, cosa que pude impedir, haciendo lo que mi madre me dijo. A partir de aquel momento me di cuenta de que tenía en mi mano la posibilidad de «hacer» hombres libres, que luchasen un día contra el poder fatídico que nos oprime.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Hay unos cuantos centenares de ellos entre los «gammas» y los «betas»…

—¿Ningún «alfa»?

—No. No hubo entre ellos más que un hombre libre, el que mi madre hizo escapar de la máquina: Lionel Wakeford… tu padre.

Él la miró, sintiendo que su corazón se le llenaba de ternura.

—¿Entonces...?

Ella asintió, bajando ligeramente la cabeza para que él no viese las lágrimas que se escapaban de sus hermosos ojos.

—¡Madre !

Se abrazaron; después, mientras ella acariciaba sus cabellos, dijo:

—Cuando tu padre fue condenado y mutilado, tú también entrabas en el castigo... y te enviaron aquí. Nuevamente pude salvarte, enviándote a 1a Colmena, junto a los «gammas», pero sin que fueses uno de ellos, sino un hombre libre.

—¡Gracias, madre!

—De todos modos, el acto rebelde de tu padre debió de llamar la atención del «Supra». Y estoy segura de que sospecha algo.

—¿Qué haremos?

—Hay que reunir a todos los libres de la Colmena y provocar un colapso en el envío de los frutos hidropónicos. Si toda la Colmena se levanta, el «Supra» se encontrará ante un problema que no podrá resolver, ya que se verá incapacitado para alimentar a los Sectores superiores... Además, el «Supra» necesita, de vez en cuando, fuertes contingentes de «gammas» para no sé qué...

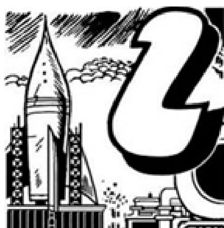
—¡Lucharé, mamá!

—Voy a darte los números y nombres de todos los libres que pueden servirte... Mi único deseo es que todo esto se acabe y vengar a tu pobre padre. ¿Lo has visto?

—Sí.

—Yo no; pero, hijo mío, le sigo amando como el primer día que le conocí.

CAPÍTULO IV



EMY salió de la Celdilla que le habían asignado, dejando allí a la

muchacha, una Adoradora del «Supra», de toda confianza y que se hacía pasar por su esposa.

Justo, al salir de la Celdilla, vio que Lam lo hacía de la suya, mirando a uno y otro lado.

Pero el rostro de Lemy expresaba la abulia de cualquier «gamma» y el otro no dio importancia alguna a su presencia. Así, sin que Lam se diese cuenta, tanta era su confianza de que nadie le veía, al menos nadie que supiese nada o se preocupase de sus movimientos, Lemy pudo seguirle sin que el otro se percatase de ello.

Las galerías se sucedían bordeadas por cientos de entradas a las Celdillas, a uno y otro lado y Lemy Abell se dio cuenta de la miserable vida que llevaban los «gammas», sintiendo un gozo íntimo de ser un «alfa».

De todos modos, las palabras del «Supra» seguían tintineando en sus oídos, sin que consiguiese escapar a su influencia.

¿Cómo era posible que el «Supra» temiese algo de aquellos miserables?

Lam acababa de detenerse junto a la cadena de vagonetas y Lemy, que era la primera vez que contemplaba aquel espectáculo, se maravilló de la velocidad de aquellos vehículos que, casi verticales, se precipitaban hacia el túnel, seiscientos metros más arriba, que separaba la Colmena de la parte superior de la Ciudad.

¿Qué hacía aquel muchacho?

Lemy fue incapaz de saberlo hasta que, reprimiendo un grito de horror, le vio subir sobre una vagoneta, alejándose a toda velocidad hacia el muro de acero.

Se sintió desfallecer al ver que el hombre se precipitaba hacia una muerte segura; después, fiel al deber que le habían impuesto y presa de mil contradicciones, esperó.

Mucho tiempo…

Habían pasado cerca de tres horas cuando vio que Lam saltaba ágilmente de una de las vagonetas vacías que descendían hacia los Sótanos Hidropónicos. Llevaba el traje maculado de jugo de frutos, pero una sonrisa de triunfo lucía luminosamente en sus labios.

Le siguió, viéndole reunido con el grupo de la Celdilla 3322. Aunque no pudo escuchar nada concreto, llegaron hasta él las exclamaciones entusiastas de los confabulados.

¿Qué estaba pasando en la Colmena?

Seguro de que la información era importante, se hizo conducir, por la Adoradora de «Supra», a los pisos superiores, siendo recibido, poco después, por el propio «Supra», que escuchó, desde detrás del muro de los megáfonos, las palabras de Lemy.

—Puedes pasar ya al Departamento de Cirugía Estética para que te devuelvan tu rostro normal—dijo—. Tu misión ha terminado y tendrás, como premio, una cantidad fabulosa de frutos exóticos y un nuevo departamento, el más elegante de todo el Piso de los «alfas».

* * *

Primero hubo una distribución de frutos exóticos. Después, cuando las compuertas de separación se cerraron, mil «betas», armados hasta los dientes, irrumpieron en los Sectores, del uno al treinta, organizando la Gran Marcha.

Encuadrando las largas lilas de los «gammas», los «betas» armados los condujeron hacia las rampas laterales que, comúnmente, estaban siempre cerradas al paso. Amplias, dibujando un trazado helicoidal, ascendían hacia los pisos superiores de la Ciudad.

Para aquellas ocasiones, los “betas» eran los que cantaban, siendo imitados muy pronto por la totalidad de los «gammas», unos seiscientos mil, que movían los brazos rítmicamente, al compás de las agudas notas de la canción de la Gran Marcha.

¿Dónde vamos? ¿Qué importa?
Si vamos a ver el cielo, respirar el aire de las
montañas, salir de la Colmena...
¿Qué importa?
Ya no nos consumiremos en el agua
de los cultivos hidropónicos
ni viviremos en las estrechas celdillas...
El Gran «Supra» nos llama
nos ha distinguido entre todos
y nos colmará de sabrosos regalos...
Es el día de la Gran Marcha,
cuando empieza nuestro desconocido camino.
¡Cien veces sea loado el Gran «Supra»,
elegante de todo el Piso de los «alfas».!

Al lado de sus amigos, Lam se mordía los labios. Y volviéndose a Stuard, que caminaba junto a él:

—¿Dónde crees que nos llevan, amigo?

—No lo sé. Es la Gran Marcha, Lam... y jamás nadie regresó de ella... ¿Cómo quieres que sepa lo que significa?

—¡Justamente cuando íbamos a organizarnos! ¿No crees que el «Supra» se enteraría de algo?

—Creo que no. A mi modo de ver, ha sido una mera casualidad.

Hubo una pausa y Fred, otro de los confabulados preguntó:

—¿Crees que nos llevarán fuera de la Ciudad?

—Seguro — afirmó Lam.

—¿Fuera de la ciudad? — inquirió Alan—. Pero ¿hay algo fuera de ella?

—No lo sé — repuso Stuard—. Nunca salí de ella...

Y sonrió, mostrando sus dientes bien formados.

La rampa seguía ascendiendo y los hombres, cantando, se alejaban de la Colmena, a la que no regresarían jamás.

Es el día de la Gran Marcha,
cuando empieza nuestro desconocido camino.

Durante horas, incansablemente, marcharon por la rampa, subiendo siempre, sin cesar, girando sobre ellos mismos en el interior de aquel grandioso caracol. Cuando, finalmente, se detuvieron, ya en terreno llano, estaban en una sala enorme, donde les esperaban las Adoradoras de «Supra», que les repartieron frutos exóticos, cuyo sabor era ciertamente delicioso.

Al lado de sus amigos, Lam no dejaba de torturarse la mente.

—No alcanzo a comprender — dijo, luego—. Estamos en la parte más alta de la Ciudad. ¿Qué vamos a hacer aquí?

—No te rompas la cabeza — repuso Tom—. Pronto lo sabremos.

Pero aquella noche no supieron nada.

Las Adoradoras repartieron comida, bebidas estimulantes y colchonetas de espuma. Poco a poco, vencidos por el cansancio de la Marcha por la rampa, los «gammas» y los «betas» acabaron por dormirse profundamente.

A la mañana siguiente, una música enervante los despertó y los «betas» volvieron a formar las falanges de «gammas», dirigiéndose

hacia la salida de la sala. Cuando los hombres la traspusieron, las exclamaciones de asombro surgieron, al unísono, de todas las bocas.

¡Estaban fuera de la Ciudad!

Y lo más extraño de todo era que «la mañana» de ellos, la falsa mañana de la Ciudad era, en realidad, la noche de la Tierra.

Un cielo estrellado se extendía sobre ellos, que jamás lo habían contemplado y que respiraban ahora por vez primera el aire de la noche. El espectáculo era tan sobrecogedor que les impresionó.

Habían salido a una plataforma ilimitada, en cuyo final se elevaban extraños objetos, de gran tamaño, cuyas plateadas puntas miraban hacia el cielo.

Hacia allí se encaminaron.

Las puertas estaban abiertas y grandes megáfonos empezaron a dar órdenes para el embarque. Por centenares, los «gammas» penetraron en aquellos aparatos, ocupando cada uno su asiento y encontrando junto a cada uno... ¡un arma!

Los «gammas» conocían las armas por haberlas visto a los «betas», cuando éstos, de vez en cuando, circulaban por la Colmena para apoderarse de las mujeres de aquellos que no habían trabajado convenientemente o para llevarse a los enfermos que habían contraído la enfermedad «pálida» en los tanques hidropónicos.

Pero ahora...

Lam y sus amigos no daban crédito a sus ojos.

—¿Cómo es posible?—inquirió Tom—. ¿Para qué nos arman?

Lam bajó la voz.

—No deben sospechar nada de la existencia de Hombres Libres entre nosotros. El resto de los «gammas» se limitará a obedecer.

—Pero...

La puerta del aparato se había cerrado y, poco después, oyeron el rugido de los poderosos motores atómicos. Una especie de mal insufrible se apoderó de ellos, al mismo tiempo que un extraño silencio les rodeaba. Poco a poco, fueron perdiendo el conocimiento, cayendo los unos al lado de los otros, en un montón informe.

* * *

Al despertar, Lam, que fue uno de los primeros en recobrar el conocimiento, se preguntó qué había ocurrido. Después, levantándose, se acercó a una de las ventanillas de la nave, mirando a través del

cristal-plástico.

La negrura del espacio le sobrecogió.

Millones de estrellas le rodeaban por todas partes. Gracias a sus estudios en la Casa Blanca y lo que le habían enseñado los «robots-pedagogos» podía comprender que se hallaba fuera de la Tierra.

¡Expulsados!

La idea de que todo aquello se debía a que el «Supra» debió informarse de la rebelión que se tramaba se apoderó de su mente. Era indudable que debía ser así; pero...

¿Y las expediciones anteriores?

Porque ahora era explicable que desapareciesen, de vez en cuando, miles y miles de hombres de la ciudad, en aquello que había recibido el nombre de Gran Marcha.

Stuard, que se había recuperado, se acercó a él, mirando al exterior, a su lado.

—Hemos salido de la Tierra—-dijo gravemente Lam.

El otro se extrañó:

—¿Salido de la Tierra?

Stuard no era más que un «gamma» y a pesar de no haber sido mutilado cerebralmente, no poseía la cultura de su compañero.

Este le explicó pacientemente la casi totalidad de sus conocimientos astronómicos.

—¿Dónde nos llevan entonces?

—No lo sé. Yo leí en la mnemoteca que hubo una época, hace miles de ciclos, en la que los hombres lograron salir al espacio, conquistando los planetas de nuestro Sistema.

—Y después... ¿qué pasó?

—Sólo hay constancia de la Gran Hecatombe, una guerra que estalló en la Tierra y que hizo que todos los supervivientes se refugiasen en la Ciudad. A partir de ese momento, los mnemolibros no hablan de nada que se refiera al espacio exterior.

—Quizá nos envíen a colonizar uno de esos planetas que tú dices.

—Es posible.

Los días pasaron y los «betas» se ocuparon de distribuir alimentos explicando, al mismo tiempo, el manejo de las armas. Había, en la parte posterior de la astronave, una sala espaciosa donde, por grupos,

fueron llevados para hacer ejercicios de tiro.

Al tercer día empezaron los mensajes.

Repentinamente, mientras comían, los megáfonos desgarraron el silencio:

—¡Os habla el «Supra», desde la Ciudad! ¡Habéis sido elegidos, por vuestro coraje, por vuestro valor, para luchar por la libertad de la Ciudad, que os cobijó y os dio todo lo que necesitabais! ¡Vais a luchar contra los enemigos de la Tierra! La Tierra es la Ciudad... Gente que quiere robaros la Colmena, que desean apoderarse de la riqueza de los Sótanos Hidropónicos, que se llevarían a vuestras mujeres... ¡Ésos son nuestros enemigos irreconciliables! ¡Lucharemos contra ellos y los venceremos!

A partir de aquel día, los mensajes se hicieron más frecuentes, más insidiosos, junto con comidas más abundantes y grandes cantidades de bebida que, generalmente, en la Ciudad, los «gammas» no probaban más que de tarde en tarde.

—Ahora comprendo — dijo Lam a sus amigos—. La Ciudad está amenazada por hombres que, como nosotros, desean acabar con esa horrenda tiranía.

—¡Y nosotros vamos a combatirlos!

Hubo una pausa.

—¿No os habéis fijado en que la expresión de nuestros compañeros va cambiando?

—Sí. Debe de ser esa bebida que nos dan. . A nosotros, a pesar de beberla, no nos hace el mismo efecto.

—Debe de ser, como ya os expliqué, a causa de la mutilación cerebral que sufrieron... ¡Esa bebida los está convirtiendo en bestias sedientas de sangre!

Stuard asintió.

—¡Lástima que ninguno de los que Helia salvó no haya venido con nosotros! Sólo somos seis...

—No importa — repuso Lam, recordando a su madre—. Tendremos que hacer algo, aunque aún no sé qué.

La estridente voz de los megáfonos les enmudeció.

—¡Os habla el «Supra», heroicos combatientes de la Ciudad! Vais a llegar, muy pronto, a la zona de combate: el planeta Marte. ¡Lanzaos contra nuestros odiosos enemigos y aplastadlos, expulsándolos de ese

mundo! Así conseguiréis alejar el peligro de su nefasta influencia de la Ciudad!

* * *

Dos mil naves se posaron en las arenas de Marte. Y los hombres salieron de los aparatos, guiados por los «betas», pero empuñando esta vez las armas, con ojos ansiosos de encontrar al odioso enemigo.

Los hombres atravesaron el espaciodromo, tomando una carretera que conducía hacia lo hondo del desierto. Dejaron atrás la ciudad militar, las rampas lanzacohetes, a ambos lados de la autopista, los grandes reflectores de radar, las casamatas de los especialistas. Levantaron la cabeza para ver pasar las escuadrillas de caza-cohetes y sintieron el rugir de los motores de los tanques.

Iban entonando canciones que los megáfonos de los vehículos que los acompañaban a lo largo de la ruta coreaban; canciones donde se hablaba del valor, de arrojo, de la necesidad de aplastar al odiado enemigo…

Lam y sus amigos se sentían profundamente impresionados. Todo cuanto les rodeaba les decía claramente que la Ciudad había guardado un secreto enorme a sus pobladores. ¿Quién iba a imaginarse que la Ciudad, la Tierra estaba siendo amenazada por una invasión?

Y, sobre todo, ¿quién eran los invasores?

El frente no existía y los combatientes se movían por el inmenso desierto, hacia uno y otro lado, apoyados por las columnas motorizadas, en una serie de batallas de aniquilamiento, donde la piedad estaba completamente fuera de lugar.

Una de aquellas masas de maniobra, en la que Lam y sus compañeros estaban, fue destinada a desalojar al enemigo de uno de los más importantes oasis, punto de vanguardia de las fuerzas enemigas que, en un ataque fulminante, habían logrado ocupar aquella zona, desde la que, sin ningún género de dudas, se preparaban para atacar el campamento y la base de las fuerzas de la Ciudad.

Aquella noche, esperando el turno de guardia, en la cálida atmósfera marciana, Lam y sus amigos charlaban, preocupados de su nueva situación.

Todos miraban a Lam.

El silencio estaba lleno de presentimientos, como si se diesen cuenta de que el momento del combate se acercaba y de que, si la suerte los abandonaba, jamás podrían hacer nada por la liberación de la Ciudad.

—¿Qué piensas ?

Fue Liwg quien se dirigió, hablando en voz baja, a Lam Wakeford.

Éste levantó la cabeza.

—No podemos permanecer inactivos, amigos... Hay que hacer algo.

—¿Qué? — inquirió Stuard, con una voz repleta de incredulidad.

—Voy a ir al campo enemigo.

—¿Eh?

—No hay más remedio. Ignoramos quiénes son los que están enfrente... ¿Son seres humanos? ¿Son marcianos? ¿Habitantes de otros planetas o de otros sistemas? ¿Criaturas de galaxias alejadas?

Hizo una pausa, mirando a sus amigos, de uno en uno.

—Aquí estamos al lado de la opresión, de la tiranía... ¿qué se puede perder yendo al otro lado?

—¿Y si allí... es peor?

Miró a Alan.

—Entonces, amigo mío, sabremos a ciencia cierta que la suerte de la humanidad está echada... y que se ha perdido la batalla por lo más precioso que el hombre poseyó jamás: la libertad

CAPÍTULO V



L tanque, con su largo cañón desintegrador y su rampa lanzadora de cohetes térmicos, se detuvo junto al campamento. Éste estaba formado por un grupo de bio-vehículos, llamados así por poseer atmósfera propia pero que, en las condiciones del ambiente marciano, que hacían inútiles tales precauciones, tenían las ventanillas abiertas, manteniendo solamente los frigo-generadores en marcha, de modo a calmar el calor del desierto marciano.

El portillón magnético del tanque se abrió, dejando paso a un joven alto, de facciones regulares y mirada voluntariosa. Iba vestido con una camisa amarilla y un short azul, que dejaban al aire sus miembros tostados por el sol.

Del cinturón de plástico rojo colgaba una pistola paralizadora, con un dispositivo auxiliar de rayos térmicos.

El joven atravesó la empalizada, pasando por un espacio abierto donde dos centinelas, ataviados de manera semejante, le presentaron armas. Él contestó con un gesto vago, siguiendo el camino que llevaba hacia uno de los bio- vehículos, en el que penetró, gritando desde la puerta:

—¿Se puede ?

Una voz femenina le contestó desde dentro:

—¡Pasa, Vogan!

El hombre penetró en un salón, ricamente amueblado. La temperatura allí era verdaderamente deliciosa y Vogan se sirvió un vaso de leche fresca, paladeando el líquido con fruición. Después, encendiendo un cigarrillo, miró hacia la puerta que se veía al fondo.

—¡Adía!

—Ya voy.

Se dejó caer sobre una de las sillas fisio-funcionales, abandonándose a la quietud del bio-vehículo, a la frescura del «ambientador», tan tejos todo de la temperatura sofocante del interior de su vehículo de guerra.

Cuando oyó los pasos que se acercaban, levantó la cabeza, mirando a la muchacha que acababa de aparecer en el dintel de la puerta.

Era alta, esbelta e iba vestida aproximadamente como él, llevando igualmente una pistola — aunque más pequeña — del cinturón multicolor que ceñía su cuerpo. Unas botas de una sola pieza subían hasta bajo su rodilla.

Se sentó en otro sillón y encendió igualmente un cigarrillo.

—¿Qué hay Vogan?

Él sonrió.

—¿No crees que esa pregunta me pertenecía, hermana?

—Sí, es verdad; pero… yo no tengo nada nuevo que decirte.

El rostro del joven se ensombreció.

—¿Todavía nada?

—No.

Hubo un silencio; después ella, forzándose a sonreír, dijo:

—Es posible que la expedición saliese algo más tarde de lo que nosotros imaginamos.

—Nos prometieron enviarla en seguida. Ya sabes lo que dijo el mensajero que mandaron… Ellos conocen nuestra situación en Marte.

—Por eso mismo no pueden tardar.

Vogan suspiró.

—Es posible que padre no se haya dado cuenta de lo que nos pasa… ¡Llevamos tres años luchando sin parar, Adia!

—Él no puede haberlo olvidado…

Pero el joven no parecía haberla escuchado.

—¡Tres años! Salimos diez mil y ahora no somos ni la mitad… ¿Qué quieren que hagamos? Estamos luchando contra masas y masas que la Tierra nos lanza, murallas humanas de esos imbéciles sin cerebro, autómatas de carne y hueso que no piensan que luchamos para darles la libertad, para que lo que hicieron nuestros antepasados sirva para algo.

—¡Son demasiados, hermana mía! Y, si al menos, hubiésemos recibido los refuerzos prometidos… ¡Pero no llegan!

—Llegarán.

—No te hagas ilusiones. Algo ha debido ocurrir para que no estén aquí. Las cargas atómicas y térmicas se nos están acabando. Sabemos que los de la Tierra preparan una nueva ofensiva. Y puedes estar segura de que, si se lanzan pronto, tendremos que abandonar Marte…

Ella le miró horrorizada.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa, Adia?

—No quiero pensarlo.

—Costó un siglo y medio preparar la ocupación de Marte. Durante mil años, desde que la Ciudad y sus tiranos se apoderaron de la Tierra, su poder se extendió, sometiendo a las poblaciones terrícolas de Mercurio, Venus, la Luna y Marte. Nosotros; es decir, nuestros antecesores, los hombres libres, quedaron en Júpiter, donde la mano descarnada de los tiranos de la Ciudad no llegó…

»Pero sí llegaron las noticias y algunos astro-cohetes, cargados de fugitivos, contaron el terror que se estaba apoderando de la Tierra, después de aquella guerra atómica que la asoló casi por completo.

»¿Qué ocurrió luego?

»Nada: un silencio de casi mil años… un silencio que demostraba que la humanidad, aunque no muerta, estaba sometida a la más espeluznante de las tiranías. Nuestros abuelos empezaron a pensar y a preparar la reconquista de un planeta que no habían olvidado jamás.

»Y se dispuso la batalla por Marte.

»Durante ciento cincuenta años se preparó aquella expedición. Finalmente, se llevó a cabo y logramos poner pie en este planeta, iniciándose una lucha directa contra la Ciudad. Se ha combatido durante veinte años y ahora, cuando parecía que habíamos encontrado la manera de vencer, después de tres años de batallas incesantes… ¡vamos a ser expulsados por falta de hombres y, sobre todo, por falta de municiones!

—No hay que perder las esperanzas, hermano…

—Ya no se puede soñar, Adia. Intentamos, como tú sabes, al principio, ganarnos la confianza de los soldados de la Ciudad. Enviamos cientos de mensajes, millones de octavillas, explicándoles la verdadera razón de nuestra lucha, diciéndoles que peleábamos por ellos, que sólo queríamos su libertad, convertirlos en hombres libres,

devolver a la Tierra su fisionomía de antes...

»Todo fue inútil.

»Nadie contestó a nuestros llamamientos y cuando hicimos los primeros prisioneros nos dimos cuenta de qué clase de tropa utilizaba el tirano: hombres que no lo eran, gente a los que se había mutilado mentalmente, pobres robots de apariencia humana, humanoides incapaces de reaccionar por sí mismos.

Adia asintió con un gesto mudo.

—¿Qué esperanza podemos tener? — prosiguió diciendo el joven —. Si hubiésemos logrado ocupar totalmente Marte, la expedición a la Luna hubiera seguido inmediatamente. Y con nuestros dispositivos de rayos cósmicos, la sumisión de la ciudad hubiera sido cosa de unas semanas... O hubiésemos llegado a la Tierra, combatiendo a la Ciudad directamente, liberando a sus millones de esclavos...

—...que seguirán siéndolo.

—Sí, desdichadamente, ya que nadie puede volver a normalizar sus cerebros tarados... ¡Pero evitaríamos que se hiciesen más abusos con los hombres! No hay que pensar en los «gammas» de ahora, sino en los que surgen de las entrañas de esa Ciudad Monstruosa.

—Es curioso que ni la clase superior, la de los «alfas», como les llaman, esté formada por hombres normales.

—Es la ley del dominio, hermana... El tirano necesita vendar los ojos del alma, podar la voluntad, mutilar los espíritus para que nadie se percate de los efectos de su nefasto poder. ¡Ah, si pudiese tener entre mis manos la garganta de esos inhumanos tiranos!

—Recuerdo que ninguno de los «alfas» los había visto. Cuando interrogaste a aquel que enviamos a Júpiter, para que fuese recuperado, ya que su cerebro estaba muy poco dañado, te dijo que sólo habían oído su voz: la del «Supra».

—¡Maldito! Por encima de la ignorancia, ese aire de divinidad para someter mejor... ¡Mil veces maldito!

Y después dé una pausa siguió:

—Por eso me duele el que tengamos que abandonar Marte.

—Pero...

Vogan sonrió tristemente.

—No nos hagamos ilusiones, hermana. Si los refuerzos no llegan pronto, estamos irremisiblemente perdidos. ¿Conoces las últimas

noticias?

—No.

—Nuestros detectores infrarrojos han localizado manchas extensas en los alrededores del Oasis Gigante. Eso quiere decir que los de la Tierra han debido de recibir refuerzos en cantidad colosal y que, sin ningún género de dudas, preparan una ofensiva, contra la que no podemos hacer nada.

—¿Entonces?

El joven se encogió de hombros, en un gesto de impotencia dolorosa.

—Voy a dar instrucciones para estar preparados. Ordenaré que pongan los bio-vehículos en el interior de las astronaves.

—¿No intentarás decir que nos vas a enviar antes que vosotros?

—Es necesario.

—¡No!

—Así ha de ser, Adia... ¡Se alegrarían demasiado esos canallas de cogeros prisioneros! Ya sabes qué suelen hacer con los que capturan.

—¡Calla!

—Es necesario decirlo, hermana, para que te des cuenta del peligro: los despedazan y nos envían los restos con una catapulta...

—¡Calla, por favor!

Alguien acababa de llamar a la puerta y ambos se volvieron.

—¡Adelante!

Un soldado penetró en el salón, llevándose la diestra a la frente, a guisa de saludo.

—¿Qué hay?

Era uno de los hombres del tanque.

—Acabamos de recibir un mensaje de la línea de fuego, Ir-Vogan.

—¿Qué dicen?

—Se ha presentado un «gamma», voluntariamente.

—¿Eh?

Vogan frunció el entrecejo.

—¡Repítelo!

—Que un «gamma» se ha presentado, Ir-Vogan. Voluntariamente. Y dice que desea hablar con el jefe de nuestras tropas.

—El joven se volvió hacia la muchacha.

—¿Oyes, Adia? ¡Un «gamma»... «voluntario»! Un hombre sin voluntad que llega «por sí solo» y que «desea» hablar conmigo.

—¿No se tratará de una trampa? — inquirió ella recelosa.

—¡Eso es lo que voy a ver ahora mismo, hermana! — y volviéndose hacia el soldado—. ¡Vamos, amigo!

El hombre se llevó la mano a la frente, saludando a Adia y salió, precedido por su jefe.

* * *

—¿Te vas esta noche?

—Sí.

Le miraron en silencio.

—Debo ir — dijo él, encendiendo otro cigarrillo—. Hemos de salir de dudas. Si son gente que desea nuestra libertad, que luchan por favorecernos, entonces merece la pena ayudarlos. Si son nuestros verdaderos enemigos... — sonrió—. Entonces es igual morir en sus manos ahora o dentro de unos días.

—¿Y cómo sabremos nosotros lo que te ha pasado?

—No lo sé, aunque no es muy difícil. Si se trata de amigos nuestros, recibiréis una señal evidente. Si son enemigos... no volveré. Eso es todo.

Tom rompió el silencio.

—¡Déjame ir contigo, Lam!

—No, amigo. Una persona sola puede salir fácilmente del campamento, dirigiéndose hacia aquella parte, donde sabemos que está el frente. Nadie le detendrá, porque no creo que nadie se haya pasado jamás. Por eso no hay ninguna clase de vigilancia... ¡es tan fácil controlar un Ejército de esclavos!

La noche se echaba encima y las dos lunas marcianas aparecieron poco después luciendo débilmente sobre el fondo negro del cielo.

Lam se puso en pie y sus amigos le imitaron.

Uno a uno, silenciosa y emocionadamente, fueron estrechándole la mano, con firmeza calurosamente, como si deseasen darle ánimos.

—Adiós.

Se alejó, procurando, no obstante la falta de vigilancia, pasar lejos de las tiendas ocupadas por los «betas», ya que los «alfa» estaban mucho más atrás, en cómodos carromatos-automóviles.

Muy pronto, la negrura del desierto marciano se cerró sobre él.

Anduvo de prisa, como si un ímpetu interno le empujase. Deseaba, esa era la verdad, salir de dudas. Y ni una sola vez pensó en los peligros que podía correr. Después de todo, la muerte era preferible si, al menos, moría intentando algo...

¿No había perdido todo su padre al buscar la verdad detrás de la máscara sonora del maldito «Supra»?

¿No había luchado su madre, en la Zona de Conversión, salvando de la nulidad mental a los futuros luchadores por la libertad de la Ciudad?

Estaba orgulloso de ellos.

De Lionel Wakeford, el primer humano que se había atrevido a desenmascarar al tirano. Que lo había visto era seguro; si no, ¿a qué aquel castigo que había cegado las luces de su recuerdo?

En cuanto a Helia...

Se estremeció de ternura al recordarla.

Porque la veía, hermosa como la más bella de las mujeres, luchando en la oscuridad de la ciudad, en la más maravillosa conspiración que una mujer podía realizar, defendiendo el derecho a la normalidad de las criaturas atrozmente mutiladas por la ambición del tirano.

La noche se le hizo tremendamente larga, creyendo a veces que se había extraviado. Finalmente, cuando el sol surgió, se dio cuenta de que seguía por el buen camino y prosiguió la marcha alegremente, seguro de que, al menos, caminaba hacia la verdad.

Dos horas después era rodeado por una de las patrullas enemigas.

Le causó una magnífica impresión ver a aquellos soldados, vestidos de manera deportiva, con sus amplias y sinceras sonrisas. Uno de ellos, con una estrella azul en el pecho, le desarmó preguntándole:

—¿Ibas a atacar?

—No, vengo a entregarme.

—¿Eh?

Se miraron los unos a los oíros. Y Lam leyó el asombro en sus gestos.

Luego sonrió comprendiendo.

—Nunca ocurrió una cosa igual, ¿verdad?

El oficial le miró con desconfianza.

—¿Cómo lo sabes?

—Es natural. Ni un «gamma», ni un «beta» poseen la ciencia suficiente para hacerlo.

—Y tú ¿qué eres?

—Un «gamma». Pero no como ellos, sino con espíritu de hombre libre.

El oficial sonrió.

—¿Tú... un hombre libre?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque vienes del lado de la esclavitud.

—¿Y eso qué quiere decir? justamente por eso vengo en busca de vosotros. Quiero hablar con vuestro jefe.

—Lo llamaremos. Pero, si eres un nuevo tipo de «alfa», dotado de conciencia y con propósitos de traición, imitaremos a tu tirano y te despedazaremos.

—No temas...

El oficial pareció tranquilizarse.

—Vamos, te llevaremos a nuestro Estado Mayor. ¿Has comido?

—No. Y tengo, además, sed.

Le ofrecieron leche fresca y él miró el líquido blanco con sorpresa.

—¿Qué es esto?

—Leche.

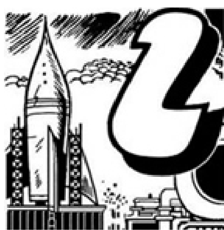
—¿Qué es «leche»?

—Es verdad que los animales, según nos dijeron, se acabaron en la Tierra.

Y le explicó, en pocas palabras, el origen de aquel líquido, ofreciéndole después frutos frescos de los oasis de Marte.

—Ahora me explico—dijo Lam — de dónde sacó mi padre los frutos que me entregó en aquella ocasión. El «Supra» se los había dado, pero procedían de Marte.

CAPÍTULO VI



OS dos jóvenes se miraron.

Y sonrieron.

Habían hablado, larga y detalladamente, durante aquellas tres horas que llevaban encerrados en el bio-vehículo del jefe de las Fuerzas Libres del Cosmos.

—No puedes imaginarte mi alegría, Ir-Vogan. Y hablando de todo, ¿por qué te llaman Ir?

—Es una partícula que significa ser descendiente de un luchador de la libertad y haber nacido de una familia dedicada a combatir por ella. Mi padre es el jefe de todos los hombres libres; mi abuelo, así como su padre y el padre de su padre, lucharon por lo mismo. Mi padre, por su categoría de director general, es llamado Llar-Vogan. Yo

no soy más que Ir.

—Comprendo.

—Tú también, por todo lo que has hecho e hicieron los tuyos, debes ser llamado Ir-Wakeford.

Lam sonrió.

—Dejemos eso ahora, Ir-Vogan.

—De acuerdo, pero yo deseo que tú me llames simplemente Vogan.

—Bien. Después de haber conocido nuestros mutuos orígenes y de haberte dado una información de los propósitos de las fuerzas enemigas, desearía que me hablases del estado de las vuestras. ¿Estáis preparados para el combate?

La frente de Ir-Vogan se oscureció.

—Preparados para luchar, siempre; pero esta vez no podremos contenerlos.

Lam se extrañó:

—¿Por qué?

—Porque somos muy pocos. Verás: esperábamos unos importantes refuerzos que, según un enviado de mi padre, llegarían pronto. Pero no han llegado.

—¿Significa eso que no podréis hacer frente al enemigo ?

—Significa algo más terrible: que debemos abandonar Marte.

—¿Eh?

—Sí, amigo mío. Y dejar Marte significa a su vez volver a un punto muerto de la lucha, como estábamos hace mil años.

—¡No puede ser!

—¿Qué podemos hacer para evitarlo ? Desgraciadamente...

Hubo una larga pausa, un silencio preñado de presagios negros, como un cielo tormentoso.

Lam se torturaba, maldiciendo su mala suerte de haber llegado en tal nefasto momento; pero...

La idea surgió repentina y bruscamente de lo hondo de su cerebro. Al principio examinándola mentalmente, estuvo a punto cíe desdeñarla, tan audaz e irrealizable le pareció; pero, poco a poco, a medida que la veía desde distinto punto de vista, fue dándole la

impresión de que debía ser estudiada detalladamente.

—Vogan.

—¿Qué?

—Imagínate que, como temes, debemos abandonar Marte.

—Sí.

—¿Crees que la lucha cesaría por eso?

—No; pero de todos modos tardaríamos años, o siglos, en volver a desembarcar aquí.

—¿Y si lo hiciésemos directamente en la Tierra?

El otro le miró con asombro.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué ¿No es posible?

—Verás... desembarcar en la Tierra es posible; pero ¿qué haríamos una vez allá? La Ciudad es, según los informes que poseemos, un bloque monolítico, perfectamente inatacable y que puede ser defendida contra cualquier clase de intento.

—Lo comprendo.

—Por eso no quisimos nunca atacar directamente a la Tierra. Existía un procedimiento infalible de vencerla.

—¿Cuál?

—Apoderarnos de la Luna.

—¿Para qué?

Vogan sonrió.

—La Ciudad saca de la Luna el material de uranio que necesita para su funcionamiento. Millones de «gammas» trabajan allí. Hace ya muchísimo tiempo que las minas de la Tierra dejaron de producir material fusionable. Si hubiésemos ocupado Marte, la Luna hubiera sido nuestro más importante objetivo. Apoderándonos del satélite de la Tierra, la Ciudad habría estado a nuestra merced, puesto que sin suministro energético, se hubiese visto obligada a capitular.

—¿Y no se puede atacar directamente la Luna?

Vogan frunció el ceño.

—Imposible. Existe un cinturón magnético que rodea la Luna y cuya central, según nuestros informes, se halla en Marte. De ahí el interés que para el triunfo tiene este planeta.

—Comprendo.

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Estás autorizado para ordenar un pequeño desembarco en la Tierra?

—No.

—¿Quién ha de dar el permiso?

—Mi padre.

—Bien. Entonces, si quieres escuchar mi opinión: ¡retiraos de Marte! Yo os proporcionaré la manera de penetrar en la Ciudad.

—No puedo creerte, al menos por el momento; pero, como de todas formas hemos de replegarnos, mejor es hacerlo con una esperanza, aunque sea débil. De acuerdo, amigo. Hablarás con mi padre, en Júpiter.

* * *

Abandonaron Marte.

En el interior de la colosal astronave, una de las que navegaba hacia el planeta gigante, Lam permaneció en su cabina estudiando unos libros filmados que Vogan le había dejado.

En ellos se veía la historia de los hombres libres desde que escaparon de la Tierra, poco antes de la fratricida Tercera Guerra Mundial. A partir de aquel momento, solos en los planetas del Sistema, creyendo que la Tierra había dejado de existir como mundo habitable, desearon hacer algo que siempre habían soñado, partiendo nuevamente de cero, volviendo a empezar: un mundo en el que la armonía fuese la más suprema ley, junto con el amor.

¿Lo habían logrado?

Lam apagó el aparato proyector y entornó los ojos.

—¿Lo habrán logrado? — volvió a preguntarse, esta vez en voz alta.

Porque importaba mucho, muchísimo, aquel triunfo y de él dependía el que en un futuro pudiesen volver a ser hombres los pequeños que pasaban por la horrenda Zona de Conversión.

Fue en aquel momento cuando alguien llamó a la puerta, suavemente.

—¡Adelante!

Lam estaba seguro de que se trataba de Vogan; por eso, su

sorpresa al ver aparecer a aquella hermosa joven le dejó paralizado, olvidando incluso el levantarse, cosa que hizo después a destiempo, precipitadamente.

Ella sonreía.

—¿No está aquí mi hermano?

—¿Su... hermano? No conozco más que a Vogan.

—Ése es, precisamente, mi hermano.

Sonrieron ambos. Y él explicó:

—Le estaba esperando, justamente. Me dejó esos libros, diciéndome que volvería pronto. Permítame presentarme: soy Lam Wakeford, de la Tierra.

—Ya me ha hablado Vogan de usted. ¡Ha sido verdaderamente apasionante!

—¿El qué?

—Su historia. Para todos nosotros, que estábamos plenamente convencidos de una igualdad completa de los habitantes de la Ciudad, todos ellos mutilados mentalmente, ha sido una agradable sorpresa, un motivo de orgullo el saber que hay allá gente que, como nosotros, pero en condiciones tremendas, lucha valerosamente por la libertad y el respeto a la persona humana.

—Así es, señorita...

—Me llamo Adía, Lam.

—Bien, Adia. Créame sinceramente: estoy encantado de haberla conocido.

—Yo también me alegro de haberlo hecho. ¿Puedo sentarme?

—¡Por favor!

—Esperaré a Vogan aquí, ya que le ha prometido volver.

Se miraron unos momentos en silencio; después él preguntó:

—¿Forma usted parte de las Fuerzas Armadas, Adia?

—Sí, en cierto modo. Soy ingeniero en tele-comunicaciones y me ocupo de esa misión en nuestro Ejército en Marte.

—¿No tiene... miedo?

—No. Indudablemente, siempre me ha repugnado la idea de que iba a caer en manos de nuestros enemigos, única cosa que podía causarme terror, dados sus salvajes procedimientos.

—¿Y... la muerte?

—La temo como todo el mundo; pero considero que cuando se lucha por algo tan importante como lo que nosotros defendemos, la vida no debe ser un obstáculo demasiado grande.

La consideró, con una sincera y sentida admiración.

Después de una pausa, ella dijo:

—De lo que no me ha hablado mi hermano es de la situación de las mujeres en la ciudad.

—Es algo especial, ya que nunca son mutiladas mentalmente. La mujer juega un papel coordinatorio en el seno de la Ciudad. Ella es capaz de pensar, pero no puede contar con la ayuda del hombre, de ahí que el «Supra» no se haya molestado en mutilarlas.

—¿Cree usted que se debe solamente a eso?

—No. La verdad es que si las mutilase, llegarían a producirse gravísimas mutaciones en la descendencia, al fijarse los caracteres de la mutilación en los cromosomas genéticos.

Otro nuevo silencio; luego preguntó:

—¿Quién es Ely?

Él se extrañó de aquella pregunta directa que no esperaba.

Había hablado, naturalmente, de la muchacha, cuando contó su historia a Vogan; pero el que Adia se detuviese, especialmente, en aquel pasaje, no dejó de intrigarle.

—Ely fue la compañera que el Consejo de Distribución me dio.

—¿Quién integra ese consejo?

—Los «betas». En realidad, se trata de una cadena que sólo se interrumpe en los privilegiados «alfas». Los «betas» eligen las compañeras de los «gammas», las suyas son, a su vez, elegidas por los «alfas», únicos que poseen el privilegio de elegirse esposa.

—¿Nadie... protesta?

Él sonrió.

—Olvida usted, Adia, «que nadie sabe protestar». La protesta es una variante del libre albedrío, un signo de libertad. Y ningún habitante de la Ciudad posee nada de eso.

»De ahí que yo tratase siempre a Ely como a una hermana. Yo no podía, por conciencia, expresar un amor que no sentía.

—¿Y ella?

—Se percató en seguida de mis especiales características, ya que mi madre, con toda seguridad, la había instruido.

—¿La conocía?

—Sí. Todas las mujeres solteras, cuando acaban con sus trabajos en las distintas secciones a las que son destinadas, viven en el Barrio del Matriarcado, una zona que les pertenece exclusivamente.

—¿Y no han podido ellas, ya que son capaces de razonar, conspirar contra el «Supra»?

—Mi madre lo ha hecho; pero, en realidad, es mucho más difícil de lo que usted piensa. Las Adoradoras lo vigilan todo.

—¿Quiénes son?

—Un grupo de fanáticas, a las que el «Supra» trata con suma preferencia y que son capaces de todo por hacer respetar esa idolatría que ellas experimentan.

—Es... repugnante.

Y tras un corto silencio preguntó:

—¿Y el «Supra»?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Tiene él esposa?

Lam la miró, con asombro.

La verdad era que nunca se había formulado una pregunta semejante.

—No lo sé... — dijo, después de una pausa—. En realidad, no podría decirle nada del «Supra». ¿Es humano? ¿Es uno solo o lo forman varios individuos?

Y entonces ella le dijo algo que, evidentemente, no esperaba él:

—Mi padre sabe algo del «Supra».

—¿Eh?

—¿Se asombra?

—Sí, francamente. Es fantástico. ¿Cómo es posible que su padre conozca algo que todo el mundo ignora? ¿De qué se trata?

—No lo sé, Lam. Sólo conozco lo que Vogan me dijo un día: «Padre sabe algo sobre quién puede ser el «Supra».

—¡Cuánto daría por saberlo!

Iba a contestar ella, cuando Vogan apareció bajo el dintel de la puerta. Una franca sonrisa iluminaba su simpático rostro.

—¡Veo que ya os conocéis!

Y dirigiéndose a Lam, se excusó:

—Perdona, amigo mío, pero debí presentártela antes. La verdad es que hasta me olvidé de hablarte de ella.

Intervino Adia:

—Ya sé que ocupo muy poco espacio en tu mente, hermano.

Este lanzó una carcajada.

—¡Eres una terrible embustera, hermana mía! Pero, de todos modos, ya que os conocéis, son inútiles las presentaciones.

Se sentó, ofreciendo un cigarrillo a ambos jóvenes.

—Pronto llegaremos a Júpiter — dijo, y su voz se agravó un tanto —. Ahora ya sabemos lo que pasó para que nuestros refuerzos no llegasen.

— ¿Sí?

—Hemos descubierto restos de astronaves en la zona de los planetoides, que estamos terminando de atravesar. Debieron encontrar alguna «nube de meteoritos» o quizá una tormenta de ellos... La mayor parte perecieron.

—-Ha sido una verdadera catástrofe.

—Padre debe saber ya lo ocurrido y, sin duda, estará preparando una nueva expedición, a toda prisa.

—¿No se enfadará porque hayáis abandonado Marte? — inquirió Lam.

—No. El conocía perfectamente nuestras posibilidades y está seguro de que habremos obrado en consecuencia. De todos modos, el abandono de Marte le habrá dolido mucho.

—Será mucho menos pesimista cuando yo le exponga mi plan — dijo el joven.

Vogan sonrió dubitativamente.

—Me gustaría tener tú mismo entusiasmo, Lam.

—¿Por qué no? Es la única manera de atacar directamente la Ciudad. Antes de abandonar la Tierra, cuando no sabíamos aún que íbamos a salir para el espacio, ya pensábamos, mis amigos y yo, en algo que ahora, mejor que nunca, podría llevarse a cabo.

Adia se interesó inmediatamente.

—¿Cuál es tu plan, Lam? Porque creo que me permitirás tutearte.

Lam sonrió.

—Encantado de que lo hagas, Adia — y después de un silencio, mientras su entrecejo se fruncía—. Todo reside en la manera de entrar en la ciudad.

—Que debes considerar — intervino Vogan — como completamente imposible.

—No; no es imposible, aunque es difícil. Los Sótanos hidropónicos se abastecen del agua exterior por lo que la ciudad está rodeada, casi completamente, por ríos. De ellos cogen el agua los mecanismos que la destinan a los tanques hidropónicos y en ellos vierten los desechos, cuando las máquinas de metabolismo vegetal cambian el agua de los tanques.

—¿Y bien?

—Un buen nadador puede entrar por una de las cañerías que penetran en la ciudad, teniendo cuidado de que la corriente no lo aplaste contra la pared del distribuidor. Una vez en el tanque y vestido como un «gamma», puede pasar desapercibido.

—¡Pero hay que conocer la ciudad!

—Naturalmente. Por eso he de ser yo quien lo haga; aunque sería formidable...

—¿El qué?:—se interesó Adia.

—Nada, no era más que una hipótesis. Una vez dentro, iré directamente a la Zona de Conversión para hacer que las máquinas dejen de mutilar. Hay que hacer que no haya ya más niños afectados por esos monstruosos mecanismos. Quizá me haga acompañar por Ely, ya que alguien debe ayudar a mi madre.

—¡Alto!

La exclamación de Adia sorprendió a los dos jóvenes.

—¿Qué quieres? — inquirió su hermano.

Ella dijo resueltamente:

—Yo iré con Lam.

—¿Eh?

Uno y otro la miraron con los ojos abiertos desmesuradamente, sin saber qué decir.

Fue precisamente Lam el primero que habló.

—Eso es una locura, Adia. No lo consentiría nunca.

—¿Por qué?

—Porque sería tremendamente expuesto...

—Ya me lo imagino.

—Además, tú no has estado nunca allí y no sabrías desenvolverte en un ambiente corno aquél... ¡Te volverías loca!

—No lo creas. Tú vas a exponerte por nosotros y necesitas una compañera de viaje... ¡Esa soy yo! Además, deseo de todo corazón ayudar a tu madre, esa maravillosa mujer que ha logrado defender la integridad de la personalidad humana, despreciando el peligro que desde siempre se cernía sobre ella.

Lam sintió un nudo en la garganta. Quizá por eso no pudo decir nada.

CAPÍTULO VII



UANDO Lam salió de la astronave y un vehículo moderno lo llevó hacia la ciudad de Libertas, así la llamaban aquellos hombres, se quedó asombrado de lo que se había logrado sobre aquel planeta, luchando contra mil inconvenientes.

—No te fijes en el color de nuestro cielo—dijo Adia, que iba sentada a su lado, conduciendo el vehículo.

Él levantó la cabeza, maravillándose del tono verdoso del cielo.

—¿A qué es debido ese color?

—A que es un cielo artificial.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes — explicó ella —que la fuerza de gravedad en Júpiter sería capaz de aplastarnos contra el suelo, laminándonos como lo haría una máquina.

—Es Verdad.

—Pero, gracias a ese cielo, cuya composición es bastante compleja, vivimos como lo haríamos en la Tierra. ¿O notas alguna diferencia?

—Sí. Aquí el aire es más puro y la luz sencillamente maravillosa.

—Porque estás comparándolo con la Ciudad. El cielo es de naturaleza magnética y unas masas oscuras, que desde aquí no pueden verse por el reflejo verde que lo cubre todo, sirven para contrarrestar la atracción formidable de Júpiter, creando zonas de relativa desgravitación como ésta.

—¿No es todo el cielo igual?

—No. Ocupamos «islas» extensas en el planeta. Cada una de ellas está unida a la más cercana por «caminos», túneles magnéticos por los que se puede ir con toda segundad.

—¿Y fuera de ellos?

—Fuera de la seguridad de los campos magnéticos sólo hay muerte, Lam. La lucha que el hombre ha llevado aquí ha sido verdaderamente titánica.

—¿Hay muchas ciudades?

—Media docena; pero, como verás, no tienen nada que ver con la idea de ciudad que tú tienes.

—¡Eso espero!

—No me refiero — dijo ella con una sonrisa— a lo que tú sabes. Las ciudades jovianas son jardines que rodean a construcciones nada ambiciosas, pequeñas, de poca altura, pero deliciosamente concebidas. El resto de las islas, diez centenares o más, ahora no lo recuerdo, están destinadas exclusivamente a la agricultura y ganadería.

—¿Con qué animales?

—Con los que los primeros exploradores trajeron de la Tierra. Júpiter era un planeta estéril desde todos los puntos de vista. Los primeros colonos, los pioneros terrícolas, trajeron en sus naves del espacio ejemplares de la fauna y flora útiles de la Tierra. Cuando los campos magnéticos fueron una realidad, después de cien años de vivir en algunos de los satélites de Júpiter, pudieron empezarse a hacer algunos ensayos de cultivos, con sorprendentes resultados.

—¿Sí?

—Sí. La tierra de Júpiter está dotada de un «humus» riquísimo y las capas nutritivas se hunden profundamente en el subsuelo. Claro que las plantas, así como los animales, han sufrido, al correr del tiempo, profundas transformaciones, la mar de curiosas.

»Por ejemplo, los animales y plantas que viven en los bordes de los campos magnéticos, allí donde la fuerza antigravitatoria es menor, son de reducidísimo tamaño y tenemos vacas que no son más altas que un perro.

—¡Es formidable!

—Sin embargo, en las zonas centrales de los campos magnéticos, los animales, así como las plantas, son gigantescos y hay ovejas de dimensiones semejantes a los antiguos elefantes.

—¡Un mundo de fantasía!

—Más que eso, Lam, un mundo en el que la gravedad juega un papel extraordinario.

—¿Y no ha afectado a las personas?

—Sí, al principio. Pero nuestros médicos hicieron desaparecer una terrible raza de gigantes que estaba surgiendo.

—¿Cómo?

—Modificando ciertas funciones de la hipófisis. Aquí tomamos, regularmente, unos comprimidos, sobre todo en la pubertad, para evitar el último crecimiento, que es el más peligroso.

En aquel momento el vehículo describió una curva en el interior del túnel magnético y ella extendió la mano.

—¡Ahí tienes a «Libertas», Lam! La capital de Júpiter.

Una masa verde y frondosa apareció ante los maravillados ojos del joven. No habiendo visto nunca árboles, 1a impresión que recibió fue verdaderamente profunda.

Luego, cuando el vehículo corrió por las alamedas, que dejaban descubrir, las construcciones detrás de los árboles, Lam se imaginó la felicidad que debía experimentarse en un lugar como aquél.

* * *

Lam terminó de hablar.

Durante aquella segunda exposición de su historia no había dejado de mirar al hombre que estaba sentado frente a él, estudiándole detenidamente.

El padre de los jóvenes poseía una personalidad impresionante. Su ancha frente, coronada por una aureola de cabellos blancos, demostraba la posesión de un cerebro privilegiado, de una mentalidad implacable para el estudio de todo lo que cayese ante ella.

Pero aquella visión de superioridad se amortiguaba dulcemente en los ojos azules, llenos de vida y de bondad, cuya mirada producía una incomparable sensación de paz espiritual.

Cuando Lam concluyó su relato, después de haber hablado también de su plan, el anciano Vogan se pasó una mano por la amplia frente.

—Nos has proporcionado, amigo Lam, una preciosa información y, al mismo tiempo, una alegría impagable, ya que no podíamos imaginarnos que la libertad anidaba en el corazón de algunos de los habitantes de la Ciudad Monstruosa.

»La labor de tu abuela y de tu madre merece el respeto de todos los hombres y la admiración de las futuras generaciones de hombres libres que poblarán la Tierra. Es hermoso, muy hermoso— y sus ojos brillaron extrañamente —que haya sido las mujeres las que intenten salvar a la humanidad. Ellas dan la vida y es natural que deseen que esa vida sea respetada.

Y después de una pausa prosiguió:

—Respecto a tu plan, creo que es el más viable, aunque me duele tener que enviarte nuevamente a la Tierra, a ti que has hecho ya bastantes esfuerzos.

—Es mi deber, señor...

—Ya lo sé; pero me hubiese gustado proporcionarte un merecido descanso.

—No puede haber descanso hasta que no hayamos vencido.

—Bien. De todas maneras hemos de coordinar bien nuestro plan. La astronave que te dejará en la Tierra volverá al espacio, colocándose en una órbita lo bastante lejos del planeta para no ser descubierta, pero lo bastante cerca para que puedas comunicarte con ella. Te dotaremos de un aparato «omicrón», de reducido tamaño, que mi hija Adia inventó.

—Tendrán que ser dos, padre — intervino ella.

—¿Dos?

—Sí. Deseo acompañar a Lam.

El anciano se quedó pensativo, sonriendo después.

—¿Te das cuenta, hija mía, de los peligros que puedes correr?

—Sí.

Hubo una pausa.

—Bien — dijo después de aquel silencio—, puesto que tú lo deseas.

—¡Gracias, padre!

—La astronave—siguió diciendo el anciano— estará pendiente de vuestras señales y dispuesta a intervenir o a avisarnos si las cosas van como pensamos.

—Estoy seguro de ello. .

El hombre vio la luz decidida que lucía en los ojos de Lam y se sintió profundamente complacido.

—Voy a ordenar que se prepare la astronave. Tú mismo, hijo, podrás pilotarla.

—Lo haré con placer, padre.

—Un momento.

El anciano se volvió hacia Lam.

—¿Deseas algo más?

El joven dudó antes de decidirse.

—Sí… — dijo por fin—. Querría que usted me contase lo que sabe del «Supra». Ahora que tendremos que luchar abiertamente con él desearíamos poseer los más informes posibles.

—¿Quién te ha dicho que yo sabía…?

Pero no hubo necesidad de que Lam contestase y el anciano miró a su hijo, sonriendo; después, volviéndose hacia el joven, empezó a explicar:

—Verás, Lam… Yo no sé nada directamente, ya que lo que voy a decirte procede de lo que mis mayores me contaron y que, a su vez, fue relatado por sus antepasados.

«Cuando los hombres salieron de la Tierra hubo un grupo de sabios muy inteligentes que deseaban regir los destinos de todos. Pronto se vieron obligados a olvidar sus ambiciosos proyectos, por lo que regresaron a la Tierra…

—¿Se fueron?

—Los expulsaron de Marte, que era entonces el centro de la colonia terrícola. Pero, antes de irse, dijeron que iban a adueñarse de la Tierra y que un día volverían para aniquilar a los que les habían tratado de aquella manera.

Hubo un silencio.

—Ellos crearon la Ciudad.

—¿Cree usted entonces que son los «Supras»?

—Ellos o sus descendientes.

—¡Los aniquilaremos!

—Sólo así podrá librarse la humanidad de la cadena que la amordaza hace más de mil años.

* * *

La astronave se posó blandamente en medio de la oscuridad reinante al otro lado del río.

Vogan estaba emocionado.

—Tened mucho cuidado — dijo a Lam.

—Lo tendremos.

Iban, tanto él como Adia, vestidos a estilo de la ciudad: Lam de «gamma» y ella con una túnica azul, como las mujeres que servían en la Zona de Conversión.

Vogan abrazó a su hermana; después, volviéndose al joven, pidió:

—¿Me das tu mano, Lam?

Wakeford se abrazó a él.

Momentos más tarde, los dos jóvenes salían de la astronave acercándose al río.

—Tendrás que guardar la túnica en la bolsa impermeable, Adia.

—Ya lo he hecho.

La oscuridad era tan profunda que no se veían el uno al otro.

Siguiendo el plan establecido, Lam lio un cable a su cintura, pasándolo después por una argolla de la de la muchacha. Así, nadando en la oscuridad, no se separarían nunca.

—¿Vamos?

—¡Cuando quieras, Lam!

El agua los rodeó por completo y ella demostró ser una excelente nadadora. Lam se dirigió hacia el otro lado del río, prestando oído para orientarse.

No tardó en hacerlo.

El ruido que producía el conducto al succionar el agua del río, que penetraba tumultuosamente en los tanques, le orientó perfectamente, tirando del cable que le unía a Adia.

Hubiese querido en aquel momento decirle que tuviese cuidado, pero el estrépito del agua era tan formidable que le fue imposible hacerlo.

El remolino los arrastró.

Fue una lucha tremenda la que tuvieron que desarrollar en aquellos interminables minutos y Lam temió por la muchacha, maldiciendo el momento en que había permitido que le acompañase. El, acostumbrado a trabajar en los tanques, poseía la suficiente resistencia para soportar todo tiempo bajo el agua; pero ella...

Cuando sus manos chocaron con la superficie vítrea del tanque tomó impulso de un formidable taconazo, arrastrando a la joven hacia la superficie donde la luz le permitió verla.

Adia se había desvanecido.

Olvidándolo todo, Lam salió del tanque por un lado oscuro donde los otros «gammas» no podían verle, atendiendo a la joven que, después de unos cuantos violentos ejercicios de respiración artificial,

volvió en sí, sonriendo a Lam.

—¡Fui un loco dejándote venir, Adia!

—Hiciste bien...

—Pero...

—Ya lo sé. Ha sido un momento amargo, pero no había más remedio.

Se recuperó rápidamente, mirando curiosamente en derredor suyo.

—No hagamos ruido, Adia... Ahora esperaremos la hora del relevo y subiremos hasta la Zona de Conversión.

Conociendo las dificultades que había pasado en la precedente aventura, Lam procuró ir hacia la zona donde se hacía la carga de frutos en la vagoneta, ya que no quería exponer a la muchacha a los peligros que él corrió la primera vez...

Cuando el relevo de los «gammas» se llevó a efecto, Lam vació velocísimamente dos vagonetas, haciendo que la joven entrase en una de ellas y él en la otra, dejando entonces que la cadena los cogiese, elevándoles a toda velocidad.

Pasaron el túnel de acero y desembocaron al otro lado, preparándose entonces para el asalto.

Lam había explicado a Adia lo que debía hacer y ella se comprometió a saltar, haciéndolo, en efecto, la primera, con un resultado formidable. Él estuvo junto a ella inmediatamente.

Caminaron por la cornisa, parándose finalmente ante la puerta secreta a la que Lam llamó quedamente.

No tuvieron que esperar mucho.

La sorpresa que se pintó en el rostro de Helia al ver a su hijo fue tal que el propio joven no pudo evitar que sus párpados se humedeciesen.

Fuertemente abrazada a él, la mujer lloró, dejando que las lágrimas se llevasen la impresión que acababa de experimentar.

—¡Creí que no volvería a verte más, hijo mío!

—Ya ves que sí, madre.

—Cuando me dijeron que el «Supra» os había enviado fuera estaba segura de que jamás volverías a estar a mi lado.

Él le explicó todo lo sucedido, presentándole a Adia y haciéndole

partícipe de sus proyectos.

—Así lo haremos — dijo la magnífica mujer—. Impediremos que las máquinas vuelvan a mutilar a nadie. ¡Estoy dispuesta a luchar contra las Adoradoras!

—Déjeme eso de mi cuenta — dijo Adia, mostrando un pequeño revólver paralizador.

—He de decirte algo triste, hijo mío.

—¿Qué?

—Algo que se refiere a Ely.

—¿Le ha ocurrido algo?

Hubo una corta pausa; después dijo:

—Es evidente que el «Supra» desconfiaba de algo, Lam. Cuando salisteis, los «betas» se apoderaron de todas las mujeres que habían quedado en los Sectores vacíos, torturándolas para conocer los nombres de los que eran como tú. Pero ellas no dijeron nada y prefirieron morir.

—¡Canallas!

—Ellos no son culpables, sino el «Supra».

—¡Pronto sabremos quién es, madre! ¡Y las pagará! Lo importante es impedir que más criaturas estén condenadas a la oscuridad mental. Luchamos por ellos, madre, por las futuras generaciones de hombres libres que destruirán definitivamente la Ciudad y todo lo que ella significa.

Y volviéndose a Adia pidió:

—-Comunica conmigo de vez en cuando. Yo también lo haré.

—No temas.

Luego, en voz baja:

—Cuidaré de tu madre y nada le ocurrirá. Puedes irte tranquilo, Lam.

—Gracias.

El abandonó la Zona de Conversión por el mismo camino que le había llevado allí y Adia le acompañó hasta la puerta.

—Sé prudente...

—¿Tan importante consideras mi vida?

Los ojos de ella brillaron intensamente.

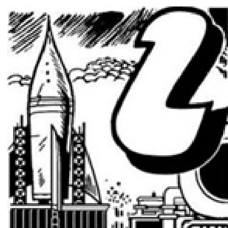
—¡Claro que tu vida es importante! Y no sólo para la causa que defendemos... sino también para mí.

—¡Adia!

Sus labios se juntaron.

Desde más allá de la primera máquina Helia se volvió, sonriendo, sintiéndose empapada en una felicidad sin límites.

CAPÍTULO VIII



AM se preocupó antes que nada, una vez en la Colmena, de buscar a los «gammas» que, en realidad, eran hombres libres.

No había muchos, pero logró reunir medio centenar, a los que habló detenidamente de todo lo que les interesaba saber.

Había llevado una bolsa con pequeñas cargas de explosivos potentes, y después de explicar a sus compañeros lo que intentaba hacer con ellos los repartió, haciendo que aquel pequeño ejército se distribuyese por toda la Colmena.

¡Y la ofensiva empezó!

Una a una, las puertas de las rampas, que en número reducido

comunicaban la Colmena con los pisos de los «betas», fueron voladas, aplicándose las cargas a las cerraduras electromagnéticas que, al dejar de funcionar, las cerraron definitivamente.

Una vez aislados por completo de la parte superior de la Ciudad, los «gammas» atacaron a los tanques, impidiendo que los otros «gammas» cargasen las vagonetas.

No fue muy difícil dominar a aquellos hombres, que eran incapaces de encontrar una reacción contra las instrucciones que recibían.

Las vagonetas subían vacías, dejando sin alimento a la totalidad de la parte superior de la Ciudad.

* * *

Lemy recibió un imperioso aviso del «Supra». Momentos después, cuando estaba en la cámara:

—¡Algo ha debido ocurrir en la Colmena! — rugió la voz del «Supra».

—¿Por qué?

—Las vagonetas suben vacías... ¿Qué vamos a dar de comer a los millones de «betas» y «alfas»?

—¿Cómo? ¿Qué las vagonetas suben vacías?

—Sí. Ve al Departamento de Control y haz que los «betas», armados, bajen a la Colmena... ¡Quiero saber qué ocurre! Lo mejor es que tú mismo los acompañes.

Profundamente emocionado, Lemy obedeció, regresando una hora después al dominio del Supra».

—¡No pueden abrirse las puertas del Muro de Acero, señor!

—Ya te dije que algo extraño ocurría en la Colmena... Tendré que procurar algo de comida a la Ciudad. Pero, como es imposible alimentarlos a todos, no tendremos más remedio que aislar a los «betas»... ¡Cierra las compuertas de todos los pisos!

—Pero...

—¿Qué?

—Eso significa que los «betas» morirán de hambre y sed.

—¿Y qué? Salvaremos a los «alfas» y veremos después lo que ha ocurrido en la Colmena.

Lemy obedeció, condenando a muchos millones de seres, que no

podían salir de sus pisos, cerrados por abajo por Lam y los suyos y por arriba por orden del inhumano «Supra».

* * *

Había llegado el momento.

Lam se dio cuenta de que debía llegar hasta el «Supra» y terminar definitivamente con su dominio.

Antes no hubiese podido lograrlo porque los «betas» se lo hubiesen impedido, ya que eran los únicos soldados de la Ciudad. Pero sabiéndolos ahora atados de pies y manos, incapaces de utilizar sus armas, podía dirigirse, atravesando la Zona de Conversión, hacia lo alto de la Ciudad.

Dio instrucciones a sus hombres, que ya habían empezado a normalizar la distribución de alimentos en la Colmena. Los «gammas» estaban agradablemente sorprendidos al no tener que trabajar con la misma intensidad que antes.

Despidiéndose de sus compañeros de lucha y llevándose la carga explosiva que se había reservado y un revólver tetanizante que Vogan le había dado, Lam se hizo conducir a una de las vagonetas vacías, que seguían corriendo por la cadena, ahora inútil, dejándose caer, como siempre, junto a la boca de la trituradora.

Momentos después estaba junto a Adia y Helia.

Las dos mujeres le recibieron con alegría.

—¿Cómo van las cosas por aquí? — inquirió él.

—Bien—repuso la joven—. Hemos tenido que inutilizar a algunas Adoradoras y cerrado la puerta de salida, pero las máquinas, aunque siguen contando, ya no hacen daño a nadie.

—¡Formidable! ¿Hay «betas» de vigilancia al otro lado de la puerta?

—No. Los «betas» han sitio concentrados en sus pisos y sus puertas cerradas. Un grupo de «alfas»: lo hizo.

—Comprendo. El «Supra» empieza a tener dificultades. Pronto las tendrá más graves.

Y volviéndose a su madre preguntó:

—¿Cuál es el camino a los pisos de los «alfas» ?

—Muy sencillo. A la salida hay un corredor. No tienes más que seguirlo hasta una rampa, junto a la entrada del Barrio de Matriarcado. La Rampa Verde, se llama así por su color, te conducirá

directamente a los departamentos de los «alfas». Una vez allí no tienes más que seguir los pasillos hasta donde verás un foco amarillo, junto a él una abertura te señalará el ascensor que te llevará a los dominios del «Supra».

—Bien.

—No olvides, hijo, lo que le ocurrió a tu padre.

—No lo olvidaré.

Salió poco después de la Zona de Conversión y, siguiendo las instrucciones que Helia le había dado, no tardó en llegar a la Rampa Verde, encontrándose poco después en la Zona de los Alfas.

Conocía parte de ella, cuando la visitó en compañía de su padre, y no le fue extraordinariamente difícil encontrar el foso amarillo y el ascensor, que tomó valientemente.

Llevaba el revólver en una mano y la carga explosiva en la otra.

«Recuerda a tu padre...», había dicho Helia.

Y él estaba dispuesto a no cometer error alguno, vengando a aquel hombre que fue Lionel Wakeford.

Al salir del ascensor, tuvo la precaución de pegarse al muro de la estancia, permaneciendo completamente inmóvil.

Poco después, una voz ronca inquirió:

—¿Eres tú, Lemy?

Lam permaneció inmóvil.

—¿Eres tú, Lemy?

Nuevo silencio.

Entonces, un susurro débil, pero creciente, llegó hasta él. Al mismo tiempo, apenas visible desde donde se hallaba, la puerta corrediza del fondo giró sobre sus goznes, abriéndose completamente y dejando salir dos largos brazos metálicos que empezaron a buscar por la estancia.

Los brazos iban dotados de garfios y su tamaño era verdaderamente impresionante. En las puntas de sus uñas, luces rosadas guiñaban sus reflejos de intenso color rojo.

Debían de ser células fotoeléctricas o aparatos de rayos infrarrojos que no tardarían en orientarse hacia él.

Lam esperó, mordiéndose los labios.

Después, cuando las manos se dirigieron hacia él, corrió hacia el

otro lado, intentando huir de las garras que se cernían sobre su cabeza. Pero, indudablemente dirigidas por los infrarrojos que captaban el calor de su cuerpo, las manos metálicas le siguieron.

Dispuesto a no caer en su poder, Lam disparó contra aquellas luces rosadas, obteniendo que las manos se detuviesen.

¡Había logrado una primera victoria!

Sin dudarlo, paró al otro lado de la estancia, descubriendo la colosal máquina de la que salían los brazos de las ahora inmóviles manos…

¡El «Supra» una máquina!

Le parecía completamente imposible que una máquina hubiese dirigido los destinos de toda aquella pobre humanidad que yació sobre su poder fatídico.

Pero al parecer no había duda.

Levantó el brazo en el que llevaba la carga, dispuesto a lanzarla contra aquel maldito mecanismo.

—¡No, no lo hagas!

La voz, antes dura, se había tornado suplicante.

—¡Te conozco, te conozco! ¡Tú eres el hijo de Lionel el Rebelde!

—¿Qué intentas, maldito «Supra»?

—¡No lances esa carga! ¡No nos destruyas! ¡Haremos de ti el hombre más poderoso del universo!

—¿Quién me habla?

—¡No nos destruyas!

—¿Dónde estáis?

—¡No nos destruyas!

Lam levantó la mano:

—Si no me decís dónde estáis, lanzo la carga ahora mismo.

Hubo un silencio; después se oyó:

—Pasa por detrás de la máquina, por la derecha.

Lam se dirigió hacia allá; pero, lleno de desconfianza, lanzó su túnica. Inmediatamente, por el estrecho pasillo que había, una descarga formidable se produjo.

Corriendo, Lam dio la vuelta, pasando por la izquierda y llegando,

en un abrir y cerrar de ojos, al otro lado de la máquina.

¡Entonces lo comprendió todo!

Allí estaba la pavorosa explicación del misterio.

Una esfera, de cerca de seis metros de diámetro, rellena de un líquido opalescente, encerraba los cuerpos de seis hombres… pero… ¿acaso podía llamarse hombres a «aquello»?

Eran casi esqueletos, ya que una capa de piel amarillenta les cubría el cuerpo, en el que los huesos sobresalían por todas partes.

—¡No nos mates!

Tardó algún tiempo en encontrar la palabra.

—¿Quiénes sois?

—Fuimos expulsados, hace más de mil años, de Marte. Hicimos la Ciudad y preparamos nuestra supervivencia. Como la vida no era posible para nosotros, fuera del término normal, tuvimos que idear la manera de prolongarla…

»Esto es una especie de cámara donde nos ha sido posible vivir de una manera embrionaria, hundidos en este líquido nutritivo, como el ser humano antes de nacer.

—¿Tenéis entonces… más de mil años

—Sí.

Hubo una pausa.

—¿Y no os habéis dado cuenta, en todo ese tiempo, del mal que estabais haciendo a la humanidad?

—Queríamos forjar una nueva humanidad.

—¡Locos!

Un nuevo silencio se instauró allí.

—No nos matarás, ¿verdad?

—¿Qué puede significar la muerte para vosotros? Deberíais haber dejado de existir hace muchísimos años. Además, con un millón de vidas que tuvierais, nunca podríais pagar lo que habéis hecho, hundiendo miles de millones de seres en una ignorancia por criminal mutilación…

Era inútil esperar más.

Lanzó la granada, saliendo corriendo hacia el ascensor, en el que se metió a toda velocidad.

La explosión sacudió la galería.

¡El «Supra» monstruoso había dejado de existir!

* * *

Camino de Júpiter.

Le parecía mentira; pero allí estaba Adia, Vogan… ¡y Helia, su amada y valiente madre!

Antes de marchar habían hecho muchas cosas, confiando el gobierno de la Ciudad al grupo de «gammas-libres» que había colaborado en la destrucción del titánico poder del «Supra».

Abiertas las puertas a los “betas», que fueron fácilmente desarmados, la alimentación de la Ciudad se normalizó, así como el trabajo, en espera que los hombres libres llegasen para montar una nueva forma de existencia.

—No debernos tardar en volver —dijo Lam.

—¿Tanta prisa tienes en regresar a la Ciudad? — inquirió Vogan.

—Sí. Han quedado millones de seres, cuyo destino depende de nosotros.

—¿Qué se hará con los mutilados? — preguntó Helia.

—Serán dedicados a trabajos sencillos, procurándoles una vida sin complicaciones. «Alfa», «betas» y «gammas» serán separados de las ciudades futuras, aunque no abandonados; pero, de todos modos, no podemos mezclar a las criaturas que ahora serán normales con el doloroso recuerdo de las que les precedieron.

»Dentro de cien años, cuando las generaciones taradas hayan dejado de existir, no habrá sobre la Tierra más que hombres libres. ¿No os parece hermoso?

—Pero no lo veremos.

—¿Y eso qué importa? Moriremos contemplando los primeros frutos de una maravillosa cosecha. ¿Puede pedirse un premio más grande?

* * *

Matar a Lam.

Ése era su objetivo y la pasión que puso en él le permitió salir de la ciudad y entrar en la astronave que nadie vigilaba puesto que nadie podía temer a la acción de hombres que eran incapaces de pensar.

Cuando el silencio le demostró que debían haberse reunido para

cenar en la cámara anterior, salió sigilosamente, avanzando pegado a la pared del pasillo, hacia la zona iluminada de la astronave.

Oprimía el cuchillo con fuerza.

Justo, al llegar a la entrada de la cámara, oyó la odiosa voz de Lam.

—¿Cómo sigue papá, querida?

—Bastante agitado.

Lo habían encontrado, en el mundo de los «alfas», arrinconado, en un estado mental deplorable. Y pensando que algún médico de Júpiter podía curarlo o, al menos, mejorarlo, lo llevaban con ellos.

—No hace más que preguntar por ti, Lam.

—Ya lo sé. Sin embargo, a pesar de haber estado con él, no me ha reconocido.

Lemy se decidió a actuar.

Un metro.

Su brazo derecho fue hacia atrás, cerró la boca, apretándose los labios y se dispuso a dar el golpe decisivo.

Pero, cuando Helia, que fue la primera en verle, lanzó un grito de horror, una silueta salió, proyectada por una velocidad formidable, del pasillo, cayendo sobre el traidor, junto el que rodó violentamente en el suelo.

Lemy, sorprendido, no tuvo más que el tiempo justo de volver la mano armada, sintiendo la íntima satisfacción de que el cuchillo penetrase en el pecho de su nuevo agresor.

Poniéndose en pie, Lam se lanzó contra los dos luchadores, arrancando al que ocupaba la parte superior y que no era otro que Lionel, su padre.

La sangre brotaba de su pecho.

Vogan disparó contra Lemy, que había intentado atacar nuevamente a Lam.

Éste, arrodillado junto a Lionel, igual que las dos mujeres, intentaba impedir que la sangre se escapase de la horrible herida.

—¡Padre!

Lionel abrió los ojos.

—Sí, ahora ya sí que te conozco, Lam. En realidad... hace un rato que la memoria me volvió... ¡Hijo!

Vio de repente a su esposa.

—¡Helia!

Ella se abrazó a él, llorando.

—Todo se ha terminado, padre. El «Supra» ha muerto y la Ciudad es libre.

—¡Gracias a Dios!

Y después de una pausa, continuó:

—Ahora sí que puedo morir tranquilo… Venía a decirte que ya te conocía, cuando vi a ese malvado que deseaba hacerte daño… Yo —las palabras eran cada vez más débiles — …yo vi al «Supra»… a aquellos repugnantes esqueletos… pero las manos metálicas me cogieron… después…

Cerró los ojos.

Cuando Lam se dio cuenta de que había dejado de existir, se puso en pie, cerrando fuertemente sus puños.

«Nunca — se dijo firmemente —, en ningún mundo, en ningún tiempo, debe el hombre consentir que se le arranque lo que recibió de la Divinidad: la libertad, que es el motor del alma…



Aparecían por todas partes, en la ciudad, en el campo, en los caminos, en las casas…

Parásitos cósmicos

Era una amenaza imposible de vencer. Era algo torturante, enloquecedor, terrible. Eran los…

Parásitos cósmicos

La muerte iba precedida de un grito de terror de la víctima; un grito infrahumano, escalofriante.

Parásitos cósmicos

La novela más emocionante del más genial de los autores de temas de espacio: LAW SPACE.



Escena de la película COREA, HORA CERO, de R.K.O. Films

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 5,5 pesos

Notas

[←1]

Esta técnica quirúrgica no es ninguna fantasía y posee un nombre: *leucotomía*. Descubierta por el gran neurocirujano portugués Egaz de Moniz. empezó a aplicarse en la lucha contra las enfermedades mentales de carácter maniaco-depresivo, sobre todo en las depresiones endógenas. El aparato «leucotomo» es semejante al que el autor describe, así como es idéntica la función a la que está destinado: desgarrar las fibras de asociación en el lóbulo temporal, impidiendo asociaciones patológicas que hacen sufrir al paciente, llevándole a menudo al suicidio o a la automutilación. Los resultados han sido muy discutidos y hay quien está francamente en contra, debido al estado abúlico e infantil en que quedan los leucotomizados. (N. del E.)